

---

MI PRIMERA  
EXPERIENCIA DOCENTE

FELIPE DE JESÚS RAMÍREZ MENDIOLA  
COMPILADOR

ESCUELA NORMAL «MANUEL ÁVILA CAMACHO»

---

## Presentación

David Adolfo Aguilar Dávila

**T**odo acto de escritura reduce, por definición, el espacio de lo no dicho, iluminando las zonas oscuras de la vida social. Todo acto de escritura amplía los límites del conocimiento humanístico. Esto es así porque toda escritura habla de los seres humanos, incluso si trata de las llamadas «ciencias duras». La escritura trasciende los pequeños grupos y da a la voz de quien la ejerce un tono que no puede lograr de otra manera: escribir es hablar en voz alta.

Esta nueva voz aparece como un compromiso: no hay escritura neutral. Cada acto de los que conforman la lengua escrita busca el gozo; quien escribe aspira a una pequeña inmortalidad, tal vez convencido de que ésta ya comenzó. Los que escriben hacen guiños a ciertos iniciados. «Uno escribe para que lo quieran sus amigos», ha dicho García Márquez.

PRIMERA EDICIÓN  
2004

PRODUCCIÓN EDITORIAL Y

DISEÑO DE FORROS

Juan José Romero

CORRECCIÓN

Carlos Hinojosa

Antonio Sandoval

• Escuela Normal «Manuel Ávila Camacho»

• David Adolfo Aguilar Dávila

• Felipe de Jesús Ramírez Mendiola

D.R. © DE LA PRESENTE EDICIÓN

Escuela Normal «Manuel Ávila Camacho»

Eliás Amador 302. Colonia Sierra de Álica

C.P. 98000. Zacatecas, Zacatecas, México

ISBN 970-94013-2-7

IMPRESO Y ENCUADERNADO EN MÉXICO

PRINTED AND MADE IN MEXICO

Uno escribe porque está seguro que sabe cosas que otros debieran saber, porque está convencido de algo, porque trata de convencer a otros de algo.

La escritura es por ello una paradoja: su lado virtuoso es, al mismo tiempo, generoso y humilde, dice cosas y trata de levantar entusiasmos. Habla desde el convencimiento y entiende lo riesgoso de hablar con un tono de voz diferente: *el que expone se expone*. Su lado privado, en cambio, habla del ego, nunca puede dejar fuera cualquier consideración: se sabe tanto que los demás debieran oírlo. Uno escribe y los otros no. Ante la exigencia de imparcialidad, declaro mi respeto a quienes no saben ser objetivos. Uno habla desde sí o se queda callado.

Este conjunto de riesgos, gratificaciones y esfuerzos de sistematización alcanza niveles muy elevados cuando, como en el caso que nos ocupa, hablamos de una primera experiencia en, lo que es ya, una carrera de vida para sus autores. Un grupo de jóvenes estudiantes de nuestra escuela, la Normal «Manuel Ávila Camacho», escriben —describen—, en estas páginas, el momento en el que se enfrentaron, por primera vez, a la experiencia de ser profesores. Se trata de un paso adelante en el que no valen las pequeñas tretas aprendidas y usadas en la vida estudiantil: ser, por primera vez, maestro es aceptar la responsabilidad de que los alumnos puestos a su cuidado, así sea por unas horas, construyan aprendizajes.

En sus textos nos daremos cuenta de sus dudas y seguridades, de los desencuentros entre el ser y el deber ser, del peso de lo administrativo, de los resultados en el trabajo de planeación de sus prácticas. Sabremos, también, del valor

real de las enseñanzas que estos estudiantes reciben en las aulas. Hoy, en que el interés por las actividades de evaluación y seguimiento conoce un crecimiento nunca antes visto en las escuelas normales, consideramos que el material ahora presentado ha de ser un valioso bien cultural y un objeto de reflexión. Se trata, nada menos, de las voces de estudiantes en el momento en que se enfrentan a aquello para lo que se han venido formando.

Estos textos fueron recopilados a partir de una invitación abierta, hecha a estudiantes de las cinco licenciaturas que se trabajan en esta institución. Como puede verse, las respuestas fueron diversas, lo que nos lleva a plantear que esta actividad debe repetirse. Esperamos que éste sea el primero de una serie de libros de aparición anual.

No podemos terminar sin agradecer al Programa de Mejoramiento Institucional de las Escuelas Normales Públicas (PROMIN) el impulso y los recursos que hacen posible esta publicación. Si hemos de personalizar, nuestro reconocimiento es para el licenciado Francisco Deceano, Director General de Normatividad, el ingeniero Apolonio Castillo, Secretario de Educación y Cultura y el profesor Marco Antonio Sánchez, Jefe del Departamento de Educación Normal de la SEC. También para el profesor Felipe Ramírez, la profesora Carmen Torres y la maestra Herminia Hernández, quienes auxiliaron en la convocatoria para que se elaboraran los textos que ahora presentamos, así como en su selección y revisión.

Por supuesto, debe destacarse la participación de los autores, quienes se decidieron a hablar en voz alta, a exponer sus ideas y a iluminar las zonas de lo no dicho. Sus trabajos,

como hemos manifestado, contribuyen al conocimiento humanístico y aportan elementos para el ejercicio de quienes estamos interesados en cumplir con la misión de nuestra escuela: *la formación de profesores cuya práctica educativa, habilidades y competencias generen aprendizajes de calidad en los niños y adolescentes que cursan la educación básica.*

## Mi primera experiencia como docente

---

Arturo Navarrete Trujillo

Desde mi infancia me gustaba jugar a la «escuelita», ya saben, divertirse interpretando a un alumno o a un maestro. A diario jugábamos así mis hermanas y yo, pero nunca me tocaba ser el profesor, puesto que soy el más pequeño de mi familia. Desde entonces creo que me gustaba esa profesión, así nació mi anhelo por ser maestro.

Ahora estoy en la Normal y de verdad me siento honrado, tal vez por lo que luché para estar aquí o, quizá, porque espero que con mi entusiasmo y el apoyo de los maestros que laboran en esta institución pueda ser un buen alumno y, a lo mejor, un buen profesor en el futuro.

Esta breve reflexión la dedico a mis compañeros y maestros, ya que gracias a su ayuda he avanzado en la adquisición de las habilidades y aptitudes necesarias para esta difícil pero

como hemos manifestado, contribuyen al conocimiento humanístico y aportan elementos para el ejercicio de quienes estamos interesados en cumplir con la misión de nuestra escuela: *la formación de profesores cuya práctica educativa, habilidades y competencias generen aprendizajes de calidad en los niños y adolescentes que cursan la educación básica.*

## Mi primera experiencia como docente

---

Arturo Navarrete Trujillo

Desde mi infancia me gustaba jugar a la «escuelita», ya saben, divertirse interpretando a un alumno o a un maestro. A diario jugábamos así mis hermanas y yo, pero nunca me tocaba ser el profesor, puesto que soy el más pequeño de mi familia. Desde entonces creo que me gustaba esa profesión, así nació mi anhelo por ser maestro.

Ahora estoy en la Normal y de verdad me siento honrado, tal vez por lo que luché para estar aquí o, quizá, porque espero que con mi entusiasmo y el apoyo de los maestros que laboran en esta institución pueda ser un buen alumno y, a lo mejor, un buen profesor en el futuro.

Esta breve reflexión la dedico a mis compañeros y maestros, ya que gracias a su ayuda he avanzado en la adquisición de las habilidades y aptitudes necesarias para esta difícil pero

bella labor; también a mis padres, porque me han apoyado, incondicionalmente, en todas mis decisiones. A Dios le agradezco por darme a mis padres, hermanos, compañeros y maestros que ahora comparten mis progresos.

Cuando llegó la hora de decidir que profesión estudiaría —durante el sexto semestre de la prepa—, la verdad no sabía qué escoger. La primera opción era «ser maestro», porque, simplemente, me gustaba el hecho de llegar a serlo. Pero esa forma de pensar también pudo deberse a la influencia de mi hermana mayor. A ciencia cierta no lo sé, pero me llamaba la atención dicha carrera. Sin embargo, había algo que me hacía dudar: la creencia popular de que «ser maestro no es gran cosa, no hacen nada, solamente se la pasan en huelgas, ganan poco y, por si eso no fuera suficiente, deben aguantar a los alumnos ruidosos y groseros».

Ésta era la principal razón que me impedía elegir. Llegué a considerar la posibilidad de ser ingeniero civil, pero no me convencía mucho. Aparte que mi deseo por ser ingeniero no se basaba en buscar ejercer la profesión como tal sino, a fin de cuentas, dar clases en cualquier escuela. Por ello me percaté de que en realidad deseaba trabajar como docente: estudiarse lo que estudiase, mi objetivo era trabajar en un aula. De esta manera hice mi elección.

El primer obstáculo era aprobar el examen de admisión para poder ingresar a la Normal. Afortunadamente quedé en un buen lugar e ingresé a la escuela.

Al cursar el primer año de la Licenciatura en Educación Secundaria con Especialidad en Telesecundaria, mis compañeros y yo compartíamos las mismas expectativas,

además de mucho entusiasmo. Con todo, en algunos de nosotros ese entusiasmo fue desapareciendo conforme avanzaba el ciclo escolar.

La verdad yo seguía igual de entusiasta que cuando entré: estaba estudiando lo que me gustaba, aparte de que mis compañeros me ayudaron a que ese primer ciclo pasara muy rápido.

Cuando comenzó el siguiente curso comencé a dudar, a reflexionar si esta profesión era realmente lo que yo quería. De antemano estaba al tanto que dicha carrera no me haría millonario y que la sociedad nunca me reconocería como lo máximo, pero llegué a la conclusión que, de alguna u otra forma, estaría prestando un servicio a la comunidad, tal vez no reconocido la mayoría de las veces, pero tendría la gran satisfacción de forjar, con mis propias manos, el futuro de México: esto fue lo que me impulsó a seguir adelante.

Conforme pasaba este segundo ciclo, se iba incrementando mi nerviosismo, puesto que se acercaba la hora de mi práctica docente. En ocasiones no quería que llegara ese momento porque, tal vez, me desilusionaría conmigo mismo: tenía temor de no poder «controlar» al grupo o de no hacerlo funcionar como tal. Pero, qué remedio, esa sería mi prueba de fuego, sabría si realmente estaba apto para ejercer esta profesión.

A pesar de que los maestros que nos impartían clases proporcionaban los elementos necesarios para hacer una buena práctica, permanecía en mí el nerviosismo, la angustia producida por la inexperiencia, el miedo frente a lo nuevo y lo desconocido.

Sin embargo, todas las fechas se llegan y mi práctica se hizo presente. Entré al salón en donde ejercería, por primera vez, mi labor educativa. Los alumnos se mostraban serios, actitud normal puesto que yo era un completo extraño para ellos. Me sentía un poco raro, veía la forma de trabajar del maestro titular y advertía, también, la quietud de los alumnos: me preguntaba si yo podría, de la misma forma, ser capaz de hacer eso. En varias ocasiones lo dudé, pero ya no importaba mi éxito ni mi fracaso. El caso era que, en esos momentos, ya era parte del grupo. Aun sin quererlo, comenzaba a sentirme un poco responsable de éste: no podría hacer una mala práctica porque, de cualquier manera, mi trabajo se vería reflejado en los alumnos, puesto que yo era el segundo profesor, ¡qué gran responsabilidad!

Pensaba que en caso de no poder controlar al grupo posiblemente reventaría en llanto por mi incompetencia. Pero también recapacitaba que así daría mi primer paso hacia la verdadera docencia, la que no nos enseñan en la Normal, esa que sólo se obtiene viviendo la experiencia —una muy significativa experiencia— que combinada con los procesos de enseñanza-aprendizaje, conjuntamente con los modelos pedagógicos, marcará la pauta en nuestro trabajo docente y durante las siguientes prácticas.

Cuando por fin llegó el día, a las cuatro de la mañana ya estaba despierto —no es mentira— pero no nervioso. Eso ya era ganancia.

Entré al salón. Los alumnos, acomodados como de costumbre, permanecían callados. Eso era lo que yo quería, que estuvieran tranquilos, aunque su calma y pasividad no me

decían mucho, es decir, esa actitud no me asegura que ellos aprendieran, y tal era mi objetivo. Entonces pensé que en una clase en donde se pretende que los alumnos aprendan por sí mismos, ellos no deberían permanecer callados, ya que son necesarias sus participaciones para que, a partir de sus ideas, vayan construyendo los conceptos. De cualquier forma me sentía tranquilo: había decidido buscar la manera de incitar a los alumnos hacia la participación. El docente titular estaba situado en el fondo del salón —bueno, realmente eran sólo unos metros de profundidad—. Al pararme frente al grupo no sentí nervios de ninguna clase, a lo que ayudó el que hubiera tenido dos días para relacionarme con los estudiantes. El inicio de mi clase fue fácil: tenía todo previsto y contemplado en las planeaciones, actividades y preguntas, en su totalidad acorde con el reducido tiempo que se maneja en las escuelas telesecundarias.

En mi planeación no consideré el uso de la televisión ya que, si la utilizaba, me reduciría el tiempo calculado para cada actividad. También contemplé que el uso de la televisión en ocasiones puede servir como parte del material dídactico, mas no que su uso sea obligatorio. Creo que se ha confundido el término de telesecundaria. La mayoría de los docentes, que trabajan en estas escuelas, piensan que es imperativo el uso del monitor, puesto que eso indica el término telesecundaria, derivado de televisión. Pero lo anterior está mal interpretado ya que el prefijo *tele* significa distancia, por lo tanto, *telesecundaria* quiere decir *secundaria a distancia* o *educación a distancia*; sin embargo, ¿no sería mejor una educación eficaz que una educación a distancia?

En general, pienso que me fue bien en mi práctica, pero sé que me falta mucho por aprender para poder mejorarla. De cualquier forma, creo que he avanzado, pues fui capaz de pararme frente a un grupo y conducir sus actividades, con lo que di mi primer paso hacia la docencia. Tal vez mi práctica no fue tan buena, mas habrá que reparar en que fue la primera. Considero que el éxito de las clases está en la planeación, por lo tanto, habrá que mejorar en esta cuestión. De cualquier forma, debo agradecer a los maestros que nos han guiado hacia la búsqueda de una buena práctica docente y el buen desarrollo de los contenidos durante las sesiones.

Para finalizar quisiera advertir que la docencia es un trabajo de gran labor social, el cual en muy pocas ocasiones es reconocido como tal. Sin embargo, en este trabajo «no vale más el maestro que sabe más, sino el que sabe mejor», es decir, el que sabe adecuar los contenidos a las características de los alumnos y trata de satisfacer las necesidades de los mismos, todo esto con responsabilidad y respeto.

## Mi primera experiencia docente en una escuela telesecundaria

Carlos Valentín Córdova Serna

MI nombre es Carlos Valentín Córdova Serna, alumno de tercer semestre de la Licenciatura en Educación Secundaria con Especialidad en Telesecundaria, en la Escuela Normal «Manuel Ávila Camacho». Es por ello que apenas cuento con dos prácticas como docente frente a grupo, las cuales me han dejado gratas experiencias y me han ayudado a aprender de mis errores. Tal es la razón por la que decidí escribir este trabajo, para compartir con el lector lo que viví en el medio de la docencia.

En el presente trabajo hablaré acerca de mi primer práctica como docente en una escuela telesecundaria, la cual se efectuó en la localidad de Tapias de Santa Cruz, Fresnillo, Zacatecas, en la telesecundaria «Francisco Goitia».

Este texto contará con las opiniones de algunos autores



expertos, a través de las cuales sustentaré lo que menciono en este escrito, además de brindarle validez a mi trabajo, mismo que se dividirá en diferentes subtemas para tratar de abarcar, de manera más particular, la diversidad de actividades que realicé durante mi estancia en la mencionada escuela.

Trataré de hablar también, aunque brevemente, de la forma de trabajo utilizada por el docente titular del grupo, analizándola desde un punto de vista crítico, el cual he adquirido a lo largo de experiencias en los distintos cursos que llevo en la Escuela Normal.

Vamos, pues, al desarrollo del presente texto, esperando que éste cumpla con las expectativas del lector y resulte de su interés y agrado. Ojalá y logre llevarlo al mundo de maravillas que yo descubrí durante mis prácticas, donde me di cuenta de la gran responsabilidad que tengo al dedicarme a esta profesión.

#### EL CONSTRUCTIVISMO

En la Escuela Normal se nos ha hablado mucho acerca del constructivismo, teoría educativa que reza que el docente debe ayudar al alumno a encontrar el conocimiento por sí mismo, manteniendo el maestro un rol como coordinador de actividades y encauzador del conocimiento. Lo anterior no minimiza el trabajo docente si tomamos en cuenta que sólo un maestro, que reconoce el aprendizaje de sus alumnos, puede guiarlos adecuadamente.

Según Jean Piaget, V. Neisser y J. Bruner, principalmen-

te, el constructivismo sostiene que el niño edifica su peculiar modo de pensar y de conocer de un modo activo, como resultado de la interacción entre sus capacidades innatas y la exploración ambiental que realiza mediante el tratamiento de la información que recibe del entorno.

Éste es el modelo didáctico que pretende ser introducido en los nuevos rumbos de la educación en México. Por eso nosotros, que estamos en formación docente, debemos comenzar a aplicarlo con el fin de lograr los propósitos de las reformas a los planes y programas de 1993.

Ahora que estuvimos practicando, utilizamos este modelo pedagógico como base para la construcción de conocimientos en nuestros alumnos, para ayudarlos a desarrollar sus habilidades comunicativas.

#### EL GRAVE PROBLEMA

Al estar frente al grupo me encontré con un grave inconveniente: los estudiantes no están acostumbrados a resolver problemas por ellos mismos, es decir, no hacen nada si el docente no «les dice cómo». De tal manera, tuvieron dificultades al momento en que les di unos ejercicios para resolverlos en forma individual.

Pude percatarme que, aunque las reformas educativas ocurrieron hace casi ya diez años, los docentes actuales, especialmente en telesecundaria, siguen operando con la forma tradicional y no permiten que los estudiantes desarrollen procesos cognitivos por ellos mismos

Por lo anterior, dentro de mis planeaciones, incluí actividades individuales para los alumnos, esperando desarrollar sus capacidades de análisis y reflexión. Los resultados fueron favorables, ya que pude darme cuenta de que lo único que les falta a los alumnos es confiar en los resultados que pueden obtener partiendo de sus conocimientos y darles un enfoque funcional.

HAY MÁS TIEMPO QUE VIDA,  
PERO ¿CÓMO MANEJARLO?

El tiempo, en algunas ocasiones, puede ser un obstáculo para la asimilación del conocimiento en los estudiantes. En el nivel de secundaria, el tiempo para cada disciplina es de 50 minutos, pero en la modalidad de telesecundaria dicho tiempo se ve delimitado por las sesiones televisadas, que tienen una duración aproximada de 15 minutos, lo cual significa que sólo quedan 35 minutos para que, tanto docente como estudiantes, realicen su trabajo.

Según Vicente Mayorga (*Escuela y Contexto Social*, anotología, pp. 47-48), el mapa curricular prevé que cada clase tenga una duración de 60 minutos, pero, como hemos anotado, en los hechos es de 50 minutos. En este lapso el docente debe establecer un ambiente propicio para la clase y desarrollar actividades de enseñanza.

En mis prácticas, las actividades fueron planeadas con los 50 minutos completos porque, dentro de mis planeaciones, no llevaba prevista la clase televisada, lo cual estuvo per-

fecto, puesto que no servía el receptor de la señal de EDUSAT. Pero aun así, en las sesiones con las que practiqué, me excedí con 10 ó 15 minutos aproximadamente, lo cual me deja la enseñanza de no saturar el tiempo con actividades y dejar un margen para imprevistos.

¿CÓMO CONSTRUIMOS  
EL CONOCIMIENTO?

En este apartado hablaré de las formas de participación de los estudiantes.

Ellos lo hacían solamente si el maestro titular o yo, como practicante, les preguntábamos de manera directa durante el transcurso de las clases. En mis prácticas yo hacía algunas veces preguntas abiertas y sólo algunos las respondían sin que los obligara señalándolos de manera personal.

Las participaciones de los alumnos se basaban en experiencias personales, conocimientos adquiridos con anterioridad o con relación al tema que estábamos tratando ese día. Dichas intervenciones, algunas veces, eran muy tajantes y sólo respondían concretamente lo que se les preguntaba, pero otras veces las participaciones iban más allá, haciendo conjeturas y tratando de llegar a conclusiones, lo cual me hacía sentir bien y pensar que mi práctica estaba dando resultado.

En el grupo en que estuve practicando no existía lo que se conoce como «mesa directiva», pero existía un reglamento, elaborado por los mismos alumnos, el cual debía ser respetado, de lo contrario se hacían acreedores a una sanción.

El docente titular tenía muy reprimido al grupo, por todo los regañaba, los dejaba sin receso e incluso los sacaba del salón, mencionando que se tenía que mantener al grupo disciplinado para que fuera el mejor en la institución.

#### TRABAJO INDIVIDUAL

El trabajo individual es aquel que realiza el alumno solo, utilizando todos los conocimientos adquiridos durante el transcurso del día o del curso. Esta labor debe ser realizada para que el docente pueda observar las evoluciones que tienen los estudiantes en su forma de trabajo, participación, habilidades lingüísticas y expresión oral y escrita.

Ferry G. menciona que el trabajo individual se utiliza en aquellos casos en que los objetivos que se persiguen son la investigación personal, el diagnóstico y corrección de las dificultades de aprendizaje, el desarrollo de la originalidad y la realización de actividades individuales.

En ambas jornadas de prácticas, que realicé en la escuela, incluí actividades individuales para los alumnos, con el fin de poder analizar la forma en que ellos adquieren el aprendizaje y darme cuenta, también, de las necesidades de los estudiantes y en qué factores se debe poner más énfasis.

#### TRABAJO GRUPAL

En mis prácticas, asimismo, incluí actividades en las que todo

el grupo tuviera que participar, es decir, trabajos en conjunto. Dichas actividades consistieron en plenarios, en las cuales los estudiantes tuvieron que manifestar las estrategias y la forma de trabajo utilizados para realizar su labor.

L. Alves de Mattos menciona que el trabajo grupal tiene por objetivo desarrollar hábitos intelectuales (reflexión e iniciativa), sociales (cooperación y responsabilidad) y morales (honradez, constancia y espíritu de trabajo).

Analizando esta situación, en la modalidad de telecundaria falta desarrollar mucho esta forma de trabajo. Si los docentes actuales la pusieran en práctica, pero dejando que los alumnos llegaran al conocimiento, se darían cuenta de que sus educandos tienen un gran potencial, que son como diamantes en bruto. Esto es un reto para nosotros como futuros docentes. Espero que podamos aprovechar todo lo aprendido, formando hombres y mujeres con ideas libres y propias.

#### EL MAESTRO DE ESCUELA

La forma de trabajo del docente consistía, principalmente, en contestar la *Guía de aprendizaje* a como diera lugar y realizar resúmenes de todas las asignaturas vistas durante el día, después de leer el libro de *Conceptos básicos*. Las únicas disciplinas a las que el docente les ponía empeño, por así decirlo, eran español y matemáticas, basándose en que eran las que servían como base para las demás materias.

Considero que la forma de trabajo del docente no es del todo correcta, porque pude darme cuenta que los estu-

diantes desconocen algunos contenidos que deberían dominar. Además, no se desarrolla ninguna habilidad comunicativa ni cognitiva en los alumnos.

#### INTERACCIÓN CON LOS PARES

Las formas en que los estudiantes se relacionaban entre sí llamaban mucho la atención. Todos, a pesar que han sido compañeros desde primero de primaria, se tratan con mucho respeto, incluso se hablaban de usted.

Para A.N. Pret-Clermont, la interacción entre iguales favorece el desarrollo del razonamiento lógico y la adquisición de conocimientos escolares, a través de un proceso de reorganización cognitiva eficaz.

Como en todo grupo, había ya un conocimiento de la forma de trabajar de los diferentes estudiantes. Es por eso que algunas veces ellos mismos se proponían para laborar con alguno de sus compañeros.

Creo que al trabajar de esta manera, los alumnos pudieron interactuar más entre ellos y darse cuenta que así resultan más favorecidos al momento de solucionar consignas, entre otras cosas.

#### CARACTERÍSTICAS DE LOS ALUMNOS

La forma en que actuaban los alumnos era un poco rara. Como ya lo mencioné anteriormente, el docente titular los

tenía amenazados y los castigaba por todo; así es que los estudiantes se portaban —o se tenían que portar— muy bien. Pero, al estar solo con el grupo, pude darme cuenta de que los estudiantes eran jugueteos, como todo adolescente, pero no desordenados, además de muy participativos. Fue muy notorio el descanso que les provocaba la ausencia del docente titular.

Cuando estaban en receso se sentaban fuera del salón a almorzar lo que sus madres les llevaban y a la hora de la salida se iban pronto a sus casas. Algunos se acompañaban entre sí, pero siempre sin mucho desorden.

Lo que me llamó la atención fue que estaba muy marcada la distinción de sexos. Las niñas no se juntaban para nada con los niños y viceversa, lo cual indica que la sociedad y el contexto en el que se desenvuelven tienen una marcada tendencia hacia el machismo.

#### UNIDOS VENCEREMOS

Según la *Enciclopedia de las ciencias de la educación*, el trabajo en equipo es el esfuerzo que realiza un micro grupo para alcanzar los objetivos propuestos. El equipo es una estructura básica que permite la máxima interacción de sus miembros, muy idónea para alcanzar objetivos inmediatos.

El trabajo en equipo es una técnica, inmersa en el principio de socialización, que se propone capacitar a los alumnos para realizar actividades en común, a fin de desarrollar la solidaridad y cooperación.

Refiriéndome a mi práctica, también incluí trabajos en los que los estudiantes tuvieron que interactuar con otros alumnos del mismo grupo, es decir, trabajos en equipo, los cuales tenían la finalidad de llegar, con la aportación de diferentes ideas, a una conclusión sobre el tema.

Dichas actividades parecieron gustarles a los estudiantes, debido a que no era común que trabajaran de esa manera. Así, lo realizado les pareció agradable, aunque lo hicieron con un poco de desorden, lo cual no debe ser tan malo cuando el interés de los alumnos está regulando una serie de interacciones con un objeto de conocimiento que les permite aprender efectivamente.

#### PARA CONCLUIR

Sólo puedo decir que las jornadas de práctica que viví sirvieron, entre otras cosas, como motivación para muchos que ya estábamos un poco cansados de la monotonía de la Escuela Normal.

Las prácticas fueron útiles para darnos cuenta de los diferentes contextos en los que vamos a trabajar, además de seguir una línea de modelos, usos y costumbres que utilizaremos en nuestra labor docente. Todo esto en contraposición con el tradicionalismo y la redundancia con las que comúnmente se trabaja en la modalidad de telesecundaria.

El acercamiento que tuvimos a la realidad de la práctica docente, ya con una planeación hecha con anterioridad, nos sirvió para darnos cuenta de lo importante que es tener

estructurada la clase: así podemos sentirnos más seguros, evitando malas improvisaciones y la falta de interés por parte de los alumnos, además de caer en ideologías que perjudican nuestra futura labor docente.

Aprendí que el docente no es como un rey absolutista que debe decirles a sus alumnos qué hacer, cómo y cuánto. Que es mejor dejar que nuestros alumnos desarrollen sus capacidades de reflexión y análisis, encaminándolos al aprendizaje autónomo desde actividades que fomenten el logro de los propósitos de las reformas educativas.

Espero que este trabajo haya explicado todo lo referente a mis experiencias, dejando en el lector una satisfacción igual o parecida a la que me quedó a mí después de la práctica.

## Primera experiencia docente

Claudia Iliana Rodríguez Ramírez

### INTRODUCCIÓN

El presente texto tiene la intención de dar a conocer algunas de las actividades realizadas durante mi primera visita de observación y práctica docente, en el grupo de segundo «C» de la escuela telesecundaria «José López Portillo», de la comunidad de El Salto, Fresnillo, Zacatecas.

El trabajo dentro del aula es de suma importancia para lograr la adquisición de conocimientos por parte de los alumnos, puesto que es aquí donde se obtienen los elementos que fortalecerán la educación básica y, principalmente, los procesos de enseñanza y de aprendizaje. La labor grupal también es importante, pues cuando se comparten las opiniones entre compañeros, fortalece las ideas que se tienen acerca del

honoros a la bandera que, por cierto, le correspondían al grupo de primero «A», a cargo de la maestra Nabora.

Después de rendir los honores correspondientes, nos dirigimos con la directora, a quien ya teníamos el gusto de conocer cuando fuimos, por primera vez, a la escuela para pedir los contenidos de las clases que teníamos que preparar. En esta ocasión se le avisó que entraríamos a los grupos que nos habían sido asignados. Ella, muy amable, nuevamente se puso a nuestras órdenes.

Ahora sí, a conocer formalmente a nuestro grupo. Confieso que me causaba un gran temor el hecho de estar frente a los alumnos pues, anteriormente, sólo había fungido como observadora y no como docente. Pero, a la vez, sentía una gran emoción por enfrentarme a lo que desde hace tiempo quería hacer: dar clases. Cuando entré al grupo, comencé a silbarme y decirme piropos, por lo que me puse más nerviosa todavía, mas traté de fingir que no me importaba e intenté mostrarme lo más seria que pude, diciéndoles «guarden silencio por favor». El maestro titular de inmediato trató de poner orden. Fue ahí donde me percaté que no existía mucha comunicación entre ellos, ya que los estudiantes hacían caso omiso a sus llamadas de atención.

Al momento de presentarme dejé muy en claro que iba a trabajar con ellos y que dentro del aula no debía haber desorden, lo que provocó sorpresa en algunos alumnos; me imaginó que pensaron que yo iba a jugar con ellos y, tal vez por el hecho de verme joven y sin experiencia alguna, que no les exigiría demasiado. Sin embargo, durante las clases observadas, traté de hacer mis anotaciones acerca del com-

tema abordado. La participación, sin lugar a dudas, es uno de los elementos que le permiten al alumno aprender.

Las características de los alumnos nos ayudan a conocerlos —reafirmando que cada uno es diferente—, estar al tanto de sus formas de aprender y, por lo tanto, de las estrategias que se deben implementar para lograr un equilibrio de conocimientos dentro del aula. El difundir en los alumnos el deseo de aprender es, quizá, el elemento más importante para que se interesen en la escuela y, de esta forma, encuentren en ella una forma de vida que les proporcionará, además de conocimientos, un mejor bienestar social.

El presente escrito es, pues, una muestra de lo que fue mi primera práctica docente con las disciplinas de español y matemáticas en la escuela telesecundaria.

#### MI LLEGADA A LA ESCUELA

Para empezar, mencionaré que mi llegada a la escuela, junto con mis compañeros, no causó mucha novedad entre los alumnos, pues en dicho plantel ya estaban laborando dos practicantes del séptimo semestre de nuestra especialidad con los dos grupos de primer grado.

Llegamos, aproximadamente, a las 7:50 a.m. Los maestros aún no arribaban, pues se trasladaban, diariamente, de la ciudad de Fresno, por lo que hacían acto de presencia en el camión de las ocho en punto de la mañana. Los alumnos nos saludaban con agrado. Como era lunes, se tenían que rendir

portamiento de los alumnos, para darme una idea de cómo debía trabajar con los más inquietos del grupo. Algunos estudiantes me decían: «ríase maestra». Quizá me comporté mal pero les contesté que mi función no era reírme, sino dar clase y observar. Me tomé la facultad de llamarle la atención a uno que otro alumno dentro de las horas de clase del maestro titular. Esto porque los veía demasiado inquietos y al maestro muy nervioso, llamándoles la atención para que pusieran interés a la lección televisada.

#### TRABAJO DENTRO DEL AULA

Dentro de este grupo no existe una variedad de estrategias que propicien buenos y variados procesos de enseñanza y de aprendizaje, mucho menos variedad de material didáctico, pues se trabaja con base al televisor. Para el maestro titular es imprescindible ver la clase televisada para que, posteriormente, los alumnos lean el libro de *Conceptos básicos* y contesten la guía, lo que limita la capacidad intelectual de los alumnos, pues pocas veces se toma en cuenta su opinión, y en caso de que exista alguna duda el maestro la aclara utilizando palabras claras: les da el conocimiento digerido. Si a lo anterior agregamos que, durante la clase televisada, el alumno está distraído, cabe preguntarse lo siguiente: ¿qué se espera que aprendan?

El tiempo que corresponde a cada asignatura, diariamente, son 50 minutos, de los cuales se gastan en ver la tele,

aproximadamente, 17 minutos; 10 minutos más en leer conceptos y el tiempo restante en contestar la guía. No queda espacio para comentar los resultados y hacer un análisis de los mismos. En caso de no haber señal, se hace lo que indica la guía y, en algunas ocasiones, se desperdicia el tiempo platicando de todo, menos del tema.

El día que me tocó dar la clase de matemáticas el maestro llegó un poco tarde; para esto, yo ya estaba repartiendo algunos problemas a los alumnos, quienes se mostraban sorprendidos y preguntaban por qué no les había avisado que les aplicaría un examen. Les contesté que no era un examen, sino, simplemente, una forma de trabajo diferente. El maestro encendió la televisión. Como los alumnos no sabían si ver la tele o contestar los problemas, decidí apagarla. Pude darme cuenta que esto le molestó un poco al maestro: se notó en su cara. Pedí a los alumnos que se concretaran a contestar las hojas, pero algunos se preocuparon tanto que no dejaban de preguntar cómo debían hacerlo. Se mostraban muy serios, cosa rara en ellos, pues siempre estaban comentando con el compañero de al lado. Les indiqué, que cuando terminaran, compararíamos resultados, y que lo que más me importaba en esos momentos era el proceso, no el resultado. De inmediato se hizo manifiesta la tranquilidad y, con trabajos solamente, algunos resolvieron lo que había planteado. Sin duda alguna, el hecho de enfrentar a los alumnos con un método diferente de trabajo cuesta demasiado, principalmente para ellos. Sentía miedo de que nadie resolviera los problemas, de que quedaran mil dudas y que no supiera como aclararlas, de que alguien preguntara algo que yo no supiera respon-



der, pero al final algunos alumnos expusieron sus procesos y quedó claro el tema. En ese momento el maestro encendió de nuevo la televisión para ver la clase que correspondía y tuve que presionar a los alumnos para que me entregaran sus hojas.

El día siguiente, en la clase de español, me sentí más segura de obtener mejores resultados, pues el tema se prestaba para que los alumnos participaran y que la lección fuera, prácticamente, de ellos. Me atrevo a decir que les agradó a los estudiantes ya que participaban demasiado y, a diferencia de la clase de matemáticas, se mostraban más tranquilos, lo que propició un ambiente de trabajo agradable. Salí un poco más satisfecha de esta sesión.

La verdad pensé que iba a estar muy nerviosa cuando diera mis clases, pero los nervios no fueron más allá de lo normal cuando se enfrenta por primera vez a un grupo.

#### CARACTERÍSTICAS DE LOS ALUMNOS

La mayoría de los estudiantes, que componen el grupo que atendí, son demasiado inquietos en el sentido de que se levantan mucho de su lugar para ir a platicar con el compañero de la otra fila y se distraen con mucha facilidad. Por eso es que, para atraer su atención, deben practicarse actividades que les resulten verdaderamente atractivas, por ejemplo, algunas dinámicas para formar equipos o preguntarles con frecuencia y pedirles opinión sobre el tema que se está tratando

en la clase. Esto cubrirá sus necesidades de aprendizaje y, por supuesto, nos permitirá conocer las formas en que aprenden los alumnos, porque cada uno de ellos es diferente.

Entre compañeros existe una buena relación, pero en el trato entre el maestro titular y el grupo no existe mucha comunicación. Mi estatus con el grupo si no llegó a ser muy bueno, por lo menos sí fue favorable, pues en una semana logré ganarme la confianza de algunos de los estudiantes, propiciando que se desempeñaran bien dentro del aula. Sin embargo, desde mi punto de vista, es demasiado difícil conocer cuáles son los verdaderos intereses y necesidades de aprendizaje de los alumnos, pues constantemente cambian de parecer, tal vez aprendan más comentando los contenidos con sus compañeros o quizá preguntando, escuchando, anotando o, simplemente, viendo y analizando lo que sucede dentro de la clase. Es por eso que me atrevo a decir que si existe interés en el alumno por aprender, lo manifestará de acuerdo a la manera que él considere útil para captar la información que necesita y construir sus conocimientos y ejecutarlos luego.

#### CONCLUSIONES

Sin lugar a dudas se tiene que trabajar demasiado para que los alumnos logren vencer el miedo que tienen por hacer las cosas por sí mismos, que reconozcan sus capacidades y las desarrollen al máximo.

Dentro de un grupo cada alumno es distinto y, por lo

tanto, aprende de diferente manera. De esta forma es como deben implementarse una variedad de estrategias que le permitan construir su propio conocimiento para, posteriormente, darle un uso.

Por muy difícil que parezca, la primera práctica docente es una experiencia que nunca se olvida, porque de ahí se toman los elementos para ir mejorando día a día.

## Sobre mi primera experiencia como docente

Denise García Rodríguez

### INTRODUCCIÓN

**E**n el presente texto se contempla la información obtenida como producto de mi formación docente: estoy por finalizar el tercer semestre de la Licenciatura en Educación Secundaria con Especialidad en Telesecundaria. En dicho semestre se presentó la oportunidad de practicar por primera vez frente a un grupo, en la comunidad de Plenitud en el municipio de Fresnillo, Zacatecas, durante los días 17 y 18 del mes de octubre del año 2002. En este encuentro se tuvo la oportunidad de aplicar los conocimientos adquiridos en las asignaturas de Observación y Práctica Docente I, Enseñanza del Español y Enseñanza de las Matemáticas.

En el proceso de formar un docente se parte de la ob-

servación del trabajo escolar, porque a través de ella se puede aprender todo lo bueno y desechar lo malo, es decir, observar los errores que, normalmente, cometen muchos maestros y, así, tratar de diseñar diferentes actividades para aplicarlas en nuestra práctica, mismas que pueden hacer un trabajo docente más eficaz o, por lo menos, más cuidado.

Con lo anterior, nos estamos iniciando en el conocimiento y desarrollo de habilidades y actitudes indispensables para trabajar con adolescentes. De igual manera, se establecen las relaciones de colaboración con las diferentes personas que integran al plantel.

#### ESPACIO ESCOLAR

La escuela telesecundaria «Lázaro Cárdenas» cuenta con un gran espacio dentro del cual se contemplan tres aulas, la dirección —que es utilizada como salón de clases—, sin olvidar los baños para hombres y para mujeres, además de una cancha de fútbol; también existe otra aula ubicada en la comunidad. El aula en la cual se encuentra el grupo de primer grado grupo «B», con el que efectué mis prácticas, es la que ahora ocupa el sitio que, posteriormente, será la dirección. Es un lugar demasiado pequeño: la distribución del grupo tiene que ser en tres hileras porque el espacio es insuficiente, de ahí que el mobiliario sólo es el indispensable para los alumnos que integran el grupo.

Me pareció importante describir el espacio en el que este grupo se encuentra, ya que es un gran obstáculo para

que el maestro pueda diversificar la dinámica de trabajo: mesas redondas, binas, equipos. Todo ello favorecería las interacciones entre alumnos y, por consecuencia, el aprendizaje al salir de la rutina —siempre trabajan de la misma forma—. Por otro lado, al pasar por los pasillos tenía que molestar a los alumnos, ocasionando que se distrajeran. Como puede verse, el espacio es un factor muy importante, pues de él depende que las clases no sean monótonas, además de permitir a los alumnos más dedicación a su trabajo —al existir menos distractores—.

#### PROCESO, ENSEÑANZA Y BUEN APRENDIZAJE

Nuestra formación nos pide que apliquemos los nuevos enfoques que, con motivo del Plan de Estudios de 1993, fueron reformados, utilizando como modelo didáctico el constructivismo. La intención de emplear este modelo es acabar con el tradicionalismo, donde el maestro transmite conocimientos sin dejar que el alumno reflexione y analice. Para esto, las clases deben iniciar con los conocimientos previos de los alumnos. Al principio fue un poco difícil porque nadie quería participar, lo que tal vez se debió a la forma de trabajar a la que estaban acostumbrados, aunado a que laborar con una persona que llega de repente no es sencillo. Debo admitir que después no fue tan difícil seguir trabajando con los estudiantes porque, al llevar a cabo mis observaciones, tuve la oportunidad de presenciar el estilo que empleaba la

maestra titular para dar la clase. Lo anterior me ayudó a diseñar las estrategias de trabajo cuidando, hasta cierto punto, no diferir mucho del modo en que lo hacía la maestra.

Tradicionalmente, el maestro es considerado como el que explica todos los conceptos, hace preguntas, dicta resúmenes, da definiciones, saca conclusiones. Hoy en día, esta concepción ha cambiado, pues el maestro es el que organiza el trabajo, controla los tiempos, asigna las actividades. En sí, el maestro es el coordinador del grupo pero, para lograr lo anterior, es necesario que tome en cuenta las necesidades de los alumnos, poniendo especial atención a la diversidad de los mismos.

Hay que reconocer que la explicación del profesor no se ha desechado: cambio de lugar y de peso, es decir, antes la explicación era «la principal» forma de aprender, con ella se iniciaba la clase y al alumno le tocaba memorizar a través de ejercicios que verificaban, en el mejor de los casos, el conocimiento adquirido.

Los enfoques particulares de cada área modifican la dinámica de trabajo en el salón de clases, de tal manera que, para poder llevarlos a cabo, se plantean nuevos retos al docente. Una situación que pude observar, respecto a lo anterior, fue cuando la maestra, al pedirle a los alumnos que resolvieran un problema —en la clase de matemáticas— sin mediar ninguna explicación, a ellos les resultaba difícil, dando como resultado la pérdida de tiempo, pues los alumnos sólo se la pasaban manifestando su desagrado con frases como: «ay maestra, yo no sé», «no sé que hacer», «no voy a hacer nada porque yo no sé cómo se hace». Era desesperante ver cómo los alumnos no

hacían el mínimo esfuerzo por intentar resolverlo. Ante esta situación, en mi práctica propicé que los alumnos participaran más, sobre todo aquellos que eran considerados como los «más listos» pues, bien o mal, ellos sí intentaron resolver los problemas planteados en clase, mientras algunos otros sólo esperaban a que los resolvieran para después copiar. Al pedirles que pasaran al pizarrón, a exponer su proceso para la resolución del problema, era más satisfactorio observar que, por lo menos, intentaron resolverlo, además de que poco a poco se aclaraban las dudas.

Los alumnos necesitan ser guiados en sus actividades, porque de lo contrario pierden el interés. Es decir, para un docente no basta con diseñar un par de actividades tomando en cuenta los aspectos que influyen para realizar una buena planeación, más bien es necesario que al aplicarlas las supervise para que pueda darse cuenta de los logros obtenidos en la producción de progresos intelectuales y, con ello, el trabajo tenga un mejor valor educativo. En este caso, al pedir que realizaran oraciones e identificaran los modificadores verbales, no todos se dedicaban al trabajo. Yo sólo los observaba pero, al ver que no cumplían con su tarea, me vi en la necesidad de pedirles que lo hicieran.

El trabajo en cooperación es importante porque, a través de él, se generan, estimulan y/o activan los procesos de participación, propiciando discusiones, confrontaciones, debates. Como pude observar, en la forma de trabajo, los alumnos sólo se dedican a leer el libro de *Conceptos básicos* y a contestar la *Guía de aprendizaje*.

Al llegar con otra forma de trabajo, diferente a la que

están acostumbrados, se ocasionaba, en buena manera, una mejor dedicación e interés hasta lograr que el alumno más inquieto y el que menos realizaba las actividades estuviera trabajando sin hacer desorden. En un principio no le di tanta importancia porque casi no conocía al grupo, pero al ver a sus compañeros tan sorprendidos porque su compañero estaba cumpliendo y participaba, me di cuenta que sólo hay que dedicarles un poco de atención, pues, por ejemplo, el joven que siempre se la pasaba molestando a sus compañeros al parecer tenía problemas en su casa. Así, como esta situación, se pueden presentar muchas más en cualquier escuela. Pero el error de los profesores es no poner cuidado a aquellos alumnos que no trabajan o que muestran actitudes de falta de interés. Se necesita analizar desde dónde proviene el problema, aunque lo más común en estos casos es castigarlos, sacarlos de la clase, llamar a sus padres. Esto no sirve de nada, pues para algunos el problema es, precisamente, la poca atención de sus padres. Con sólo dedicarles algo de tiempo, platicar con ellos y saber qué es lo que les ocurre, se está brindando una buena ayuda porque se les permite expresar qué les gusta y qué les está dañando.

Para un maestro es importante enseñar a aprender a los alumnos. Para la mayoría de los estudiantes, el pedirles que trabajaran sin darles ninguna explicación, ocasionaba que se llenaran de dudas. En esos momentos pedían mi ayuda y yo solamente les sugería que trabajaran con lo que sabían: en el caso de matemáticas, al aplicar ejercicios, los alumnos solicitaban que les diera un ejemplo porque ellos solos no podían. Pasaba un momento, luego del cual temían

decir que ya habían terminado por miedo a estar mal. En ese caso, les pedía que trataran de resolverlos sin importar el resultado. Al escuchar lo anterior, los alumnos se mostraban más tranquilos, mientras que algunos otros trataban de resolverlos como ellos creían correcto.

#### AMBIENTE Y APRENDIZAJE

Comenzar la clase con la aplicación de un problema, les causaba curiosidad a algunos estudiantes por saber cómo se resolvería éste. Mencioné antes que al cambiar una forma de trabajar, que ya era rutinaria para los alumnos —ya sabían que hacer—, se crea un ambiente favorecedor para el logro de los objetivos del docente. Por esta causa, la disposición del alumno al estudio depende, ciertamente, de las actividades que le son propuestas pero, también, del tipo de ayuda que se le brinda para realizarlas.

Crear un ambiente de confianza favorece para que los alumnos puedan expresar sus ideas, explicar procesos, aclarar dudas. Pedir a los estudiantes que participaran era un poco incómodo, porque nadie lo hacía, tal vez por temor a dirigirse a una persona a la que no conocen o por miedo a que sus compañeros se burularan del que se atreviera. Para resolver lo anterior, tuve una plática con ellos, en la cual pedí su colaboración y respeto para ayudar a que los alumnos más cohibidos se animaran a participar.

El ambiente es uno de los factores más importantes que influyen dentro de un salón de clases. De él depende la

funcionalidad de las actividades que incitan a los alumnos hacia el estudio, además de despertar el interés hacia las diferentes tareas que les competen.

Dentro del ambiente influye, también, la flexibilidad del maestro, la cual debe ser adecuada a las necesidades que presentan los estudiantes, pues de ellas depende su comportamiento, es decir, un maestro no debe ser demasiado flexible porque esto ocasionará que los alumnos tengan demasiada confianza y, finalmente, le pierdan el respeto, pero tampoco debe causar temor, ya que va a ocasionar que los alumnos realicen sus actividades y/o tareas con recelo. Para la labor docente, lo indispensable es tener una actitud adecuada, que no genere tensiones desde el primer día de clases. En mi caso, mostré algo de seriedad en mi forma de trabajar, además de pedirle a los alumnos que cumplieran con sus labores. Esto ayudó a mantener el orden durante la realización de las actividades.

#### LOS ALUMNOS: PARTE IMPORTANTE DEL PROCESO ENSEÑANZA - APRENDIZAJE

Es muy común que los adolescentes tengan, entre sus preferencias y prioridades, divertirse, jugar y pasarla bien. Por ello, cuando los alumnos ven el contenido de la clase como algo poco interesante, tienden a aburrirse y no ponen atención, máxime si dicho contenido no es abordado mediante una dinámica atractiva. Por eso es necesario trabajar los contenidos mediante situaciones cercanas a los intereses del alum-

no, que puedan integrarse y relacionarse con sus contextos, con las ideas de sus compañeros y con las situaciones que los motivan.

Pero, también, otro lado de la moneda son los alumnos que pretenden perder el tiempo interrumpiendo las clases con bromas, molestando a sus compañeros o impidiendo la conversación de la maestra. El principal factor que influye en estas actitudes es que, a este tipo de estudiantes, no les gusta la escuela. La mayoría de ellos sólo acuden a clases por exigencia de los padres, pues como adolescentes aún no saben qué es lo que quieren y responden más por obligación que por otra causa. Es ahí donde la acción docente es mucho más importante y valiosa. Sin embargo, es difícil reconocer que el trabajo real del profesor es precisamente interesar a los que no lo están, lograr que trabajen los que no lo hacen y que se enamoren de esa relación entre docente, grupos de iguales y sus mismas familias.

#### CONCLUSIONES

Yo tenía una imagen muy diferente de un profesor: pensaba que cualquier persona podría pararse frente a un grupo y enseñar algo, pero a lo largo de mi preparación he comprendido que para educar se deben tener fundamentos, pues no se trata solamente de instruir por instruir.

La labor docente es enorme. Basta con decir que generará un nuevo conocimiento en otra persona. El buen maestro debe tener una competencia didáctica que le permita ser

buen pedagogo y buen estratega, además de poseer un amplio conocimiento de sus alumnos, así como un alto dominio de contenidos pero, principalmente, debe tener la voluntad de hacer las tareas propias de la docencia, pues sin ello todo el empeño académico será insuficiente para lograr un trabajo adecuado en cualquier escuela. Por esta razón es que me encuentro aquí, para convertirme en un buen profesor, desarrollar mis habilidades y con ello ser útil a la sociedad.

## Acerca de mi experiencia docente

---

Efraín Báez Gallegos

La primera experiencia docente es el inicio de la preparación, durante la cual el aspirante a la docencia va adquiriendo elementos para desempeñar un buen papel en la formación de las sociedades del mañana. Estas primeras experiencias formarán parte de un cúmulo del cual se puede seguir aprendiendo para mejorar.

Mi primera experiencia docente la llevé a cabo en La Victoria, Pinos, Zacatecas. Pinos es mi lugar de procedencia y, obviamente, me alegré cuando se nos comunicó en dónde se llevaría a cabo nuestra práctica docente. Antes de presentarnos en la escuela telesecundaria, se hizo un sorteo para distribuirnos en los diferentes grados y grupos. En nuestro caso, la escuela era de nueve grupos, tres de cada grado. A mí me tocó trabajar en el tercero, grupo «C».

Antes de presentarnos a la práctica, tuvimos una visita

previa de observación a la escuela y, a pesar de que sólo era eso, algunos de nosotros estábamos nerviosos: en lo personal, durante la presentación, que fue en honores a la bandera, sudaba como cerdo.

Durante esta observación me pude dar cuenta de algunas de las características del grupo y del docente a cargo. Ciertas de esas peculiaridades comenzaron a causarme pánico. Primero: el grupo estaba formado por 19 integrantes, de los cuales 15 eran hombres y 4 mujeres. Era un grupo de «rechazados», arrinconados en ese salón como granitos negros de arroz —un error garrafal por parte de los docentes que lo hicieron—. Segundo: sus características especiales —poco interés por realizar las actividades diarias de clase, inquietud, rebeldía—. Tercero: cinco de ellos pertenecían a una de las bandas de la comunidad que se hacía llamar «Los calaveras». ¿A poco no es para causar pavor? Estos muchachos tenían muchos problemas, en primer lugar en su casa y, luego, en la escuela, en la que no caben porque no se quiere batallar con ellos, además de que no se comprenden sus intereses, sus motivaciones e inquietudes. Tal era el caso porque el docente que les atendía era, en mi opinión, muy duro, «autoritario», en la escuela había mucha disciplina.

Como consecuencia de todo lo anterior, el grupo tenía su autoestima por los suelos, pues eran tratados como lo peor: los burros de la escuela y ellos ya estaban convencidos de lo que les decían sus maestros y compañeros del plantel. Una vez terminada la observación, regresamos a la Normal para luego preparar nuestro regreso.

Al comenzar a planear empezaron también los nervios,

quizá por ser la primera vez o por las observaciones hechas. Posiblemente se trataba de la presión derivada de los contenidos a contemplar y para los cuales debían plantearse actividades acordes a los nuevos enfoques de la licenciatura. Practicaría con las asignaturas de español y matemáticas. No había tanto problema en español, pero me era difícil el hecho de trabajar las matemáticas, en específico los temas del plano cartesiano y las funciones con el nuevo enfoque de resolución de problemas. Finalmente, mi planeación contemplaba, según yo, las nuevas orientaciones pedagógicas; sin embargo, no hacía más que comparar, explicar o guiar: no se resolvían situaciones problemáticas, rescatadas de la realidad contextual en que se encuentra el alumno. En lo personal, me justificaba culpando el tipo de contenido a tratar, pero, ¡sorpresa!, si existían problemas con los cuales presentar esos contenidos, sólo que no había investigado nada y me hice a la idea de que no había forma de hacerlo.

Regresamos a la escuela telesecundaria aún más nerviosos que antes. Una vez entrados en acción, las clases que impartíamos eran de la manera tradicional y de los nuevos enfoques era tan poco lo que tratábamos que bien podrían desvanecerse por momentos. En algunas clases, lo único que hacía parecer que había pizcas de novedad era el material didáctico. En realidad, lo que pasaba es que apenas si podía controlar mis temores, aparte que necesitaba dominar las nuevas pedagogías. Por si fuera poco, trabajábamos con las otras asignaturas, porque los titulares opinaban que era mejor para nosotros practicar con todas las materias. Lo curioso es que durante ese tiempo, en que ellos debieron



observar el desarrollo de nuestras actividades, desaparecían. Nuestro proceder no era diferente a como se nos enseñó en secundaria y preparatoria. Ninguno de nuestros profesores trabajaba de manera diferente a la que, hasta ahora, se ha visto en telesecundaria y algunas otras instituciones: el esquema tradicional.

Recuerdo que cuando fueron a observar estaba tan nervioso que, a pesar que di la clase, en ese momento no supe ni qué dije o hice. Como sucede a veces, tratamos de ocultar ciertas deficiencias o debilidades y ante mis compañeros así lo hice. Cabe mencionar que nos daba gusto que nuestros maestros nos visitaran, pero esas visitas ocasionaban un caos entre nosotros, debido a la inseguridad que teníamos por todo lo antes mencionado —la poca preparación en el trabajo docente—.

Es pertinente mencionar que durante las jornadas de práctica, en las planeaciones se sugerían actividades que medianamente cumplían con lo nuevo, pero en la acción no se realizaba lo escrito; trabajábamos con el poco dominio que teníamos. Ya en el quehacer cotidiano hubo ocasiones en que yo no podía controlar al grupo y para entonces tenía muy poco carácter, insuficiente voz, además que existían alumnos con los cuales me podía confundir debido a mi apariencia. Aparte de todo era, como ahora, practicante. Pensándolo bien, no sé por qué existieron clases en que había control en la disciplina y el trabajo. El caso es que llegué a actuar de manera similar a algunos de los docentes de la institución, haciendo uso del autoritarismo, todo por encasillarme y querer cumplir con lo señalado: el trabajo con contenidos.

Empecé a bajar puntos por indisciplina o, al menos, a amenazar a los muchachos con ello, lo cual no tenía ni tiene nada que ver con mi formación. Sin embargo, cuando estubo a punto de terminar la jornada de práctica, me sentí culpable de lo que había hecho, especialmente cuando me enteré que estaban a punto de expulsar a algunos de los muchachos. A partir de ahí buscaba la forma de retractarme sin que se dieran cuenta que no había afectado en nada a sus calificaciones y sólo había procedido así para asustarles, para que pusieran algo de su parte. Por cierto, sí se controlaban un poco de esa manera; sin embargo, les estaba obligando a hacerlo y el hecho es que el aprendizaje se debe dar por convicción. Además, ¿cómo convencer a jóvenes tan inquietos y con intereses tan diferentes a lo que se estaba tratando en las clases, sobre todo si las lecciones eran aburridas, tediosas y el ruido que ellos mismos producían creaba un ambiente aún más agobiante?

Para el jueves y el viernes se había organizado un torneo deportivo —fútbol, básquetbol y voleibol—. Ahí encontré la excusa perfecta para retractarme del error que había cometido durante gran parte de la jornada de práctica. Tuve la oportunidad de decirle al grupo: «si ganan el torneo de fútbol, les regreso los puntos que les quite». Ellos aceptaron. Por mi parte me había enterado, a través de las mujeres, que eran muy buenos en eso y que algunos de ellos, aparte de pertenecer a una banda, también jugaban en un equipo de balompié de adultos, entrenando por las tardes. Por todo lo anterior, confié en ellos.

Ganaron el torneo, terminaron agotados después de ju-

gar contra varios equipos de la escuela, pero lo lograron. Por una parte, me sentía muy bien porque me quitaron un gran peso de encima, aunque, por otro lado, dejé que con tal actividad solucionar mis errores. A pesar de todo, debo decir que además de bien, me sentí orgulloso de mis muchachos y los presumía con mis compañeros. Por cierto, uno de ellos dijo que mi grupo parecía sacado de un programa que se llamaba «la escuela del vicio», por la apariencia de ellos y porque sabía que a veces les quitaba navajas por andar jugando con ellas, pero, obviamente, no era éste el caso y en ocasiones las apariencias engañan. ¡Eso eran mis muchachos!

Como el mes era diciembre y todos los grupos se habían organizado para hacer posada, excepto nosotros, ese día empezamos a ponernos de acuerdo para adornar el salón por la tarde y hacer una posada al día siguiente. El salón nos quedó muy bien ornamentado, a pesar de lo rápido que se hizo todo y, según mis compañeros, lucía muy original. Esa tarde los jóvenes me preguntaban que si en serio les quitaría los puntos malos que tenían y yo, casi agradecido, les decía: «de verdad, yo lo que digo lo cumplo» y al parecer se quedaron muy contentos, ayudaron bastante en el arreglo del salón y en la organización del convivio. Al día siguiente a todos les llevé un regalo: a los hombres un balón de fútbol de chocolate y a las mujeres un «Duvallín».

Cabe mencionar que el viernes aún continuaron las competencias, pero mis alumnos no participaron debido a lo poco que de los otros deportes sabían. Por otra parte, el convivio que preparamos fue por la tarde, hubo ensalada para comer, música y un gran ambiente de amistad. Yo me

retiré a las 6:00 p.m., ya que fueron por mí a esa hora. En la despedida, una de las alumnas casi lloraba y yo, por mi parte, también me sentía triste, a pesar de que sólo fueron unas semanas de convivencia.

En los últimos días hubo entre mis alumnos y yo una relación más directa, más humana; conocí más sobre sus intereses y sus inquietudes, lástima que la escuela no los tome en cuenta y sólo haya trabajo, contenidos y más contenidos, disciplina y más disciplina.

Al final, para mí, ésta fue de las mejores experiencias que pude tener: por las características del grupo que traté, porque me permitió darme cuenta de mis deficiencias y, además, por las satisfacciones que tuve en los últimos días que permanecí con ellos y que para mí fueron los más valiosos de todo el periodo. Aunque, en sí, todo lo acontecido me proporcionó múltiples elementos para la mejora de la acción docente. No obstante, me sucede lo mismo que reza el refrán: las primeras impresiones son las mejores y las que no se olvidan jamás.

## De mi práctica inicial docente

Elsa Selene Agüero Tostado

Como estudiante de la Escuela Normal, con un año de preparación y parte del segundo, se me brindó la oportunidad de realizar mi práctica inicial docente, durante la primera jornada de observación y práctica, los días 17 y 18 de octubre, con una clase de matemáticas y otra de español, respectivamente.

El sueño de un estudiante normalista es llegar a ser un buen profesor. Antes de ingresar a esta escuela, yo creía que ser maestro de telesecundaria era algo fácil, salvo por algunas dificultades para entender a los alumnos, pero ya comprobé que no es así: no se trata, únicamente, de llegar y pararte frente al grupo y empezar a enseñar. Hay mucho más detrás de todo ello. Existe, además, una gran responsabilidad y el deber de prepararse para afrontar los obstáculos que se presenten en el ámbito laboral.

Saber lo anterior no me llevó mucho tiempo, pues desde que estoy aquí los maestros me lo han dicho y, también, lo he encontrado en los materiales que he leído: el problema fue entenderlo y comprobarlo.

Antes de llevar a cabo la primera jornada de observación y práctica, tuve que realizar una serie de planeaciones sucesivas hasta lograr en ellas las estrategias que me permitirían desempeñar mi papel como docente, claro, apegándome a los nuevos planes y programas, así como a los enfoques. Fueron días en los que era estudiante durante las 24 horas del día. Desde esos momentos ya tenía presente lo que era ser un maestro: empezaba a comprender que no era una tarea fácil. Tal vez, en ese instante, se me vino a la mente la idea de abandonar todo, pero no lo hice porque necesitaba enfrentarme a lo que sería mi labor como maestra de telesecundaria.

Después de tres días de observación en el grupo de segundo año, llegó el momento de afrontar lo que sería mi primera práctica, el 17 de octubre de 2002, con la materia de matemáticas, sesión 38: «Recordar es dominar las matemáticas», que se refiere a la integración de los conocimientos adquiridos hasta el momento.

La sesión a trabajar era algo difícil debido a que me sentía insegura de dominar los contenidos. Me predispose al pensar en las preguntas tan difíciles que me harían los alumnos y que, tal vez, no iba a poder contestar. En ese caso, ¿cómo quedaría ante ellos?, ¿qué iba a pensar la maestra titular de mí?, ¿cómo iba yo a reaccionar ante esa situación? A todas estas interrogantes les seguía el miedo a estar frente al grupo, compuesto por esos educandos tan difíciles de tra-

tar por sus características propias: eran 28 alumnos, de los cuales solo a menos de la mitad les interesaba estudiar. Lo anterior hacía aún más difícil mi trabajo, pensaba en cómo se comportarían en clase. Me imaginaba su reacción ante mi desempeño y llegué a la conclusión de que, probablemente, ésta no sería tan buena, quizá sería peor a como lo hacían con la maestra titular.

Lo primero que hice para empezar con mi práctica fue dividir el grupo en seis equipos, posteriormente les entregué unas fotocopias con dos problemas para que trataran de resolverlos. A partir de ese momento surgieron algunos comentarios sobre el trabajo en equipo, tales como:

*A: No maestra, yo con él no trabajo, nunca hace nada.*

*A: Cámbieme de equipo.*

Mi mejor reacción, hasta ese momento, era hacer caso omiso a sus comentarios, así que los obligue a trabajar tal y como quedaron los equipos. Más bien no se trataba de trabajo, sino de relajo: en ese momento intervino la maestra titular, les pidió que guardaran silencio y que me apoyaran en mi labor. En verdad eso sí fue una gran ayuda.

Debido a la forma tan tradicional en que los alumnos están acostumbrados a trabajar, me hacían sugerencias como:

*A: Mejor vamos a ver el programa televisivo.*

*A: Sí maestra, y trabajamos cada quien en la guía y si nos deja sacar los conceptos, pos' ta más fácil.*

*M: No, así es mejor. Ya empiecen a resolver los problemas.*

La idea, que los alumnos tienen de la metodología de las telesecundarias, es que se trabaja utilizando la televisión, el libro de *Conceptos básicos* y la *Guía de aprendizaje*, esperando, también, la explicación de su maestra. Piensan que esta manera es la única forma en que pueden aprender. Debido a lo anterior, se da el caso de que los alumnos difícilmente aceptan otra forma de trabajo; si lo hacen no están muy convencidos que de esa manera van a adquirir conocimientos que valen la pena.

A: *¿Pero aquí cómo, maestra?*

M: *Resúvelo como tú puedas.*

A: *¿Pos' cómo quiere que lo hagamos, si usted no nos explica nada?*

Otra situación que se presentó fue que los alumnos a duras penas participaban por voluntad, así que yo indicaba quién iba a dar su opinión aun cuando se negaban; todo ello debido, especialmente, a los cuestionamientos planteados por mí, ya que eran preguntas que les ayudarían a construir su conocimiento: no se trataba de interrogantes como las que ellos estaban acostumbrados a manejar con su maestra titular.

Por un momento llegué a pensar que el tiempo destinado a la clase iba a ser insuficiente y así fue. La medida que tomé fue recortar las actividades a sólo la resolución de los problemas y la confrontación de resultados, faltando, entonces, la resolución de dos ejercicios.

Al terminar esta primera práctica, me sentí inconforme con los resultados, aun cuando la maestra titular me fe-

licitó y dijo que había hecho trabajar a los que nunca hacían nada. De lo anterior concluí que si lo que había hecho no estaba bien, por lo menos fue un buen intento de llevar a cabo la clase y cumplir con los objetivos.

Este primer acercamiento me fue muy útil para poder enfrentarme a la práctica de español del día siguiente. Me permitió hacer algunas modificaciones a la planeación y, atendiendo algunas recomendaciones de la maestra titular, tuve que hacer uso del programa televisivo, a pesar de que yo no lo consideraba necesario.

Ya para el viernes me sentía más preparada en cuanto a contenidos y con más seguridad para llevar a cabo mi práctica. Estos aspectos me sirvieron de mucho para que esta clase resultara un poco mejor que la de matemáticas.

Al dar inicio los alumnos atendieron mis indicaciones de cómo realizar las actividades: los formé en equipo, pero ahora el número de integrantes era menor. A cada uno le entregué una fotocopia de un mito diferente para que procedieran a realizar su análisis y así construyeran el concepto de lo que es un mito, sus características e importancia, para después confrontar los resultados y llegar a una conclusión.

En esta clase pude notar más disponibilidad para el trabajo y la realización de las actividades, pero no demostraron la misma actitud al momento de participar con sus opiniones, pues éstas fueron muy pocas. Ocurrió algo parecido a la clase de matemáticas.

En español tuve más aciertos que en la clase de matemáticas o, por lo menos, yo así lo sentí, aun cuando la maestra expresó un comentario que me hizo dudar.

*M. Titular (dirigiéndose a mí): No te preocupes si no entendieron bien lo que es un mito, todavía queda otra clase del tema, que es el lunes, y ahí verá la oportunidad para que lo comprendan.*

Uno de mis logros durante esta práctica fue crear un mejor ambiente de trabajo en el aula, en comparación a la práctica de matemáticas. Incluso cuando había quien trabajaba y quien no lo hacía, me sentí bien porque aquellos que menos pensaba que iban a cumplir con las actividades sí lo hicieron. Éste fue un gran éxito para mí como practicante.

De las dos prácticas llevadas a cabo, pude obtener bastantes cosas buenas, a pesar de que no fueron del todo satisfactorias, pero estoy segura que me serán de mucha utilidad para ir adquiriendo experiencia y mejorar en el quehacer cotidiano.

En mi caso demostré una gran inseguridad, originada en gran medida porque no dominaba los contenidos y, por otra parte, estaba presente el nerviosismo por ser la primera vez que estaría frente a un grupo ya como maestra. Esta situación no me permitió un buen desempeño y mucho menos óptimos resultados en el aprendizaje de los alumnos. En esos momentos me preguntaba qué es lo que he aprendido en la escuela, dónde está toda la teoría que ya daba por comprendida. Fue aquí en donde les di la razón a los maestros que afirman que la teoría no es lo único que te lleva al éxito, sino también la práctica, porque con ella se desarrollan ciertas habilidades y destrezas, además de que utilizas lo aprendido.

Una de las cosas que resulta de mucha utilidad, desde el momento de planificar, es conocer al grupo en donde se va a trabajar y así tener en cuenta aspectos y situaciones que puedan ocurrir al mismo tiempo. Esto puede dar la pauta para establecer una mejor relación maestro-alumno. Así, obtendremos muchos beneficios: será más fácil mantener la disciplina y lograr un buen ambiente de trabajo que favorezca los procesos de enseñanza y aprendizaje, teniendo en cuenta, permanentemente, que las cosas no siempre se dan como se esperan.

La situación ha ido cambiando a partir de la primera experiencia: ahora es menos difícil para mí estar frente a un grupo. Me doy cuenta de mis errores y trato de no volverlos a cometer.

Con esta experiencia como practicante, considerando más el caso de matemáticas que el de español, llegué a la conclusión de que aún me falta mucho aprendizaje y que es momento para tomar las cosas con más seriedad: debo cumplir con las exigencias de la Escuela Normal, pues entendí que todo lo que se hace dentro de las aulas tiene su razón de ser.

Mi primera experiencia como docente no fue tan agradable como esperaba. Cumplir ese sueño me hizo, por un momento, dudar si en verdad era esto lo que yo quería, lo que deseaba ejercer en el futuro y, finalmente, comprendí que la respuesta es sí, aun cuando esto no sea fácil.

## Mi primera práctica docente

Isabel Miramontes

Considero que mi formación en la Escuela Normal comienza con la primera práctica docente en una escuela telesecundaria, no porque lo anterior a ésta no haya sido relevante, sino porque es a partir de este momento cuando adquiere verdadero significado, es decir, cuando se hace frente a la realidad, anteriormente analizada desde la butaca a través de la teoría. Es entonces cuando existe la oportunidad de enfrentarse a lo que será nuestro campo de acción, en un futuro no muy lejano, y de contrastar aquellas ideas que hemos estado alimentando sobre lo que aún no conocemos, ideas que muchas veces cambian, mientras otras se reafirman y enriquecen.

Mi experiencia inicia desde el momento en que llegué a la localidad, pues conocía poco de mi estado. Me tocó estar en la comunidad de Estancia de Guadalupe, Pinos, Zacate-

cas. Una comunidad pequeña, con alto índice de emigración al extranjero: expectativa que tienen muchos de los jóvenes con quienes laboré. Por lo cual la escuela carece de trascendencia para ellos.

La escuela telesecundaria del lugar era numerosa: cuando estuve ahí contaba con cinco grupos, dos de primero, dos de segundo y uno de tercero; así mismo el personal docente parecía ser el adecuado: cinco maestros y el director técnico; también pude percatarme de que existían, en el plantel, algunas carencias, tanto de infraestructura como de recursos.

Primeramente, acudimos a la escuela durante una semana, con la finalidad de observar el proceso de enseñanza que se lleva a cabo en el aula. A mí me correspondió el tercer grado, un grupo con 11 alumnos, 6 mujeres y 5 hombres. En este primer momento se analizaron cuestiones como las condiciones de la escuela y la comunidad, las actitudes de los alumnos, las formas de enseñanza y aprendizaje, entre otras más. Lo que yo observé fue un grupo pasivo y lento, que no participaba. En el día se trabajaban, en promedio, tres asignaturas, mismas que la maestra impartía expositivamente. Me pareció que no se estaba haciendo mucho, pues esta forma de trabajo no permite explotar las habilidades y aptitudes que poseen los alumnos, incluso creí injusto que se estuviera desperdiciando de esta manera la oportunidad que tienen los jóvenes —para muchos se trata de la última, ya que es mínimo el número de alumnos de la escuela en general que tienen intenciones de continuar sus estudios—. De igual manera, por las características del grupo, me sentí capaz de hacer algo un tanto mejor.

En la víspera de la práctica se experimenta una serie de sentimientos y emociones encontrados; existe gran incertidumbre, temor, inseguridad, nerviosismo, curiosidad y ganas de cambiar todo aquello que se considera contraproducente para el grupo. Al momento de planear las actividades, surgen muchas dudas, tanto de contenidos como de estrategias de enseñanza, hay algunas ocurrencias y las ganas de ponerlas en práctica; después de realizar lo necesario —diseñar y organizar actividades, adquirir el material correspondiente— se cree estar listo para el gran reto. Creo que esta parte especial del proceso es muy significativa, en cuanto que nos permite analizar cuáles son nuestras principales carencias y qué es lo que realmente necesitamos de nuestra formación.

La práctica consistía en trabajar con los alumnos las asignaturas de español y matemáticas durante una semana. Una vez en el aula se cometieron muchos errores: se olvidan numerosas cosas, mientras otras no resultan como se esperaba, puesto que el grupo está acostumbrado a una forma de trabajo diferente. Por citar un ejemplo, para la clase de matemáticas se tenían preparados algunos problemas: en la primera sesión nadie logró resolverlos, el mayor intento realizado fue tratar de solucionar operaciones al azar, sin comprender qué era lo que se pedía; el resto del grupo permaneció esperando que le indicara qué tenían que hacer. Opté por exponer el procedimiento a efectuar, lo cual me pareció incorrecto, pues se estaba cayendo en lo mismo que se pretendía eliminar de la escuela por reconocer su poca efectividad. Además esta acción provocó que en adelante no



se preocuparan por intentar hacer algo, pues al fin y al cabo después de un rato se les mostraría la forma de proceder.

En un primer momento, los alumnos están a la expectativa, «midiendo el terreno». Conforme avanza el día, su actitud hacia mí cambia, hay quizá más confianza, manifiesta con algunas muestras de indisciplina. Esto se agrega a la dificultad que al parecer tienen las actividades propuestas, dando por resultado un ambiente poco propicio para el trabajo: hay negatividad y fastidio por parte del grupo, surgen situaciones imprevistas que no sé cómo afrontar. Fuera del aula los alumnos tienden a ser muy inquietos, sus juegos son rudos, se golpean, tal vez no con maldad pero sí con fuerza, son los maestros titulares quienes intervienen. En lo personal me pregunto cómo actuaría yo ante esta situación, que es tan natural en los adolescentes, pero al mismo tiempo tan peligrosa.

Estas circunstancias continúan el resto de la práctica, por lo que no es muy placentera mi estancia en el grupo. Comienzo a sentir algo de miedo e impotencia. Recuerdo que contaba los días que faltaban para que ésta llegara a su fin. Aunque al final me sorprendió la actitud de algunos alumnos, puesto que se mostraron agradecidos y satisfechos de que hubiera trabajado con ellos.

Una actividad extracurricular, que en lo personal me agradó, fue la propuesta de adornar el salón con motivo de la Navidad. Aunque no participé todo el grupo, ésta propició una buena convivencia.

La comunidad, por su parte, nos brindó, amablemente, la alimentación. Acudimos —mis cuatro compañeros y

yo— a diferentes casas. Esto nos permitió conocer a varios padres de familia, saber de sus expectativas respecto a la educación de sus hijos; en muchos de ellos se hace evidente un gran interés y, sobre todo, respeto hacia los maestros.

Analizando este primer acercamiento a la escuela, me di cuenta que falta mucho camino por recorrer, que estoy lejos de contar con un mínimo dominio de contenidos, mis alumnos que me permitan ayudar a los alumnos a aprender y resolver sus dudas, que todo aquello que creí tener controlado se convirtió en un verdadero caos. Cuestioné la actitud estricta de los maestros y, al pretender tomar una postura más flexible, no supe mediar entre la confianza y el respeto con los alumnos.

Ante mi primer fracaso comienzo a cuestionarme: «¿realmente quiero ser docente?, tal vez esto no es lo mío». Siento que surge cierta frustración, pues aquella práctica, que consideré negativa por parte de algunos profesores, fue mucho más productiva que lo que pude lograr con mis acciones. Por si fuera poco, mis compañeros presumían de una experiencia mucho más agradable, lo cual aumentaba las dudas respecto a la elección de mi carrera. Ahora, a dos años de esa experiencia, aún sigo teniendo grandes imperfecciones, pero mi actitud en relación a ello ha cambiado: indudablemente he mejorado ciertos aspectos, puesto que estamos en un proceso constante de desarrollo de competencias didácticas. No obstante, es poco realista esperar salir de esta institución siendo un maestro en todas sus dimensiones, puesto que esta formación sólo es un aprendizaje preliminar, que se irá puliendo a lo largo de nuestra vida profesional.

A partir de esta práctica y de las que vinieron después, comprendí que la carrera del magisterio no es tan fácil como generalmente se presume: mi experiencia me ha mostrado que el ser maestro implica una tarea compleja y desgastante. Compleja en la medida que se adquiere la responsabilidad de responder, en cierta forma, a las necesidades y expectativas de una gran diversidad de individuos, quienes tienen, también, diferentes razones para acudir a la escuela. Así mismo, es desgastante ya que muchas veces se tiene que remar contra la corriente, tratando de interesar al alumno, de originar una necesidad por aprender aquello que para él no tiene significado o incluso le desagrada. También cabe mencionar en este apartado la sobrecarga de trabajo a la que se enfrenta un maestro de telesecundaria, quien tiene que lidiar con todas las asignaturas que marca el programa para este último nivel de la educación básica, lo cual requiere un mínimo dominio de contenidos en todas las áreas, algo que difícilmente se puede lograr al ser todas éstas parte importante de un acervo cultural que el alumno debe conocer, tanto para mejorar su calidad de vida como para tomar una decisión acertada a futuro.

Soy consciente de que la falta de habilidades en la docencia limita a que los alumnos a mi cargo tengan una formación adecuada durante su estancia en la escuela, pero la práctica es la única forma de fortalecer aquello que se requiere. Indiscutiblemente, la educación debe cambiar y, sobre todo, esas prácticas que dejan mucho que desear; sin embargo, lo anterior no se logra por arte de magia, sino después de un proceso paulatino, en el que se va adquiriendo esa habilidad para crear un ambiente propicio para el trabajo y éste es el

resultado de una constante preparación y unos objetivos claros respecto a lo que se pretende alcanzar.

Aquí cabe muy bien la frase célebre de «la práctica hace al maestro»: lo han demostrado todos esos profesionistas que teniendo una formación diferente a la pedagógica han hecho mucho por la educación. Algo muy trascendente en este terreno, que no se había mencionado antes, es la vocación y ésta no se puede asegurar por el hecho de contar con una licenciatura o maestría en educación.

## Sobre mi primera experiencia docente en telesecundaria

Luis Fernando Torres Palomo

El presente ensayo tiene como objetivo analizar y reflexionar sobre el trabajo realizado, durante las semanas de práctica, en la escuela telesecundaria «José López Portillo» de la comunidad de El Salto, Fresnillo, Zacatecas, proporcionando un punto de vista de acuerdo a las experiencias vividas.

Para comenzar, describiré las visitas de observación y en qué consistieron cada una de ellas: la primera fue en el mes de octubre, constanding de una sola práctica de español y matemáticas; la segunda fue del 2 al 6 de diciembre, donde me desempeñé en cinco clases de español y de matemáticas, respectivamente.

Durante la primera visita tuve más oportunidad de convivir con los alumnos ya que el docente encargado del grupo me dejaba con ellos muy seguido. De esta forma fui

conociendo más sobre sus familias, sus aspiraciones, inquietudes y preocupaciones, así como sus expectativas del futuro. Nos gustaba jugar y, lo más importante, había comunicación y confianza entre nosotros.

Considero que estos últimos dos factores son importantísimos para tener un mejor panorama y acercamiento a la conducta de los alumnos; en otras palabras, para aproximarse a conocerlos. Uno de los factores para empezar a conocer a los alumnos es la confianza que se les dé desde el primer día de clase: la oportunidad de decir lo que piensan, expresarse. Es importante que el docente tenga muy claro qué es lo que va a hacer, con quién va a trabajar, quiénes son los líderes, cuál es la disciplina que tienen. Siempre es recomendable conseguir la mayor información sobre los alumnos, conocer el medio en que se desenvuelven y, si es posible, estar en una clase con su anterior profesor; es necesario obtener una lista para poder grabarnos los nombres e ir identificando las características de cada uno de los estudiantes, lo que ayudará a familiarizarnos con el espacio escolar y, así, poder idear las clases y diseñar el plan de trabajo acorde al grupo.

La actitud que tomemos ante los alumnos influirá en la comunicación de ellos hacia nosotros, algo muy útil para conocerlos e iniciar una relación.

Estar al tanto de la forma de ser y de pensar de los alumnos, así como de las características que influyen en la labor educativa, es uno de los factores principales para desarrollar, de una manera adecuada, las habilidades y actitudes de los educandos, asimismo, nos permite atender sus intereses para mejorar nuestra forma de enseñar. Es de esta forma que los

procesos de enseñanza-aprendizaje se irán perfeccionando poco a poco.

Uno de los retos que se tienen cuando se está frente a un grupo nuevo es lograr el control de la clase. Éste es un elemento a tomar en cuenta para una buena planeación, en conjunto con los intereses de los alumnos, sus expectativas, conocimientos previos y actitudes hacia el aprendizaje desde el primer encuentro. Para ello es necesario dejar en claro nuestros objetivos y propósitos desde el principio: cuál es nuestro trabajo, qué espero del curso y qué de los alumnos; debemos puntualizar que la clase debe ser participativa, por lo que es necesario que todos cooperen para que les parezca interesante y satisfactoria. Hay que dejar en claro que estamos a su disposición, que es necesaria la confianza y el respeto, pues este es el primer paso para que el grupo esté en armonía y a su vez controlado.

Como lo señala Hans Aebli, en el libro *El primer encuentro*, el maestro, desde el primer día, debe estar seguro de lo que está haciendo, mostrando seguridad y firmeza en sus decisiones, para poder mejorar su trabajo.

Para llevar un buen control del grupo, es necesario planear las lecciones. Éstas nos permiten subordinar técnicas, métodos y formas de enseñanza, adaptándolas a las necesidades y capacidades de los alumnos. Procediendo así logremos reconocer y desarrollar sus capacidades, utilizando todo lo que suceda dentro del salón de clase o fuera de él. Si es posible, debemos llevar un diario para establecer los parámetros que se dieron a conocer, así como las fallas que hubo tanto de los alumnos como del profesor.

Uno de los factores importantes para controlar al grupo, junto con la disciplina y el uso del tiempo, es aprovechar las dudas que tienen los estudiantes, pues cuando un alumno no está aprendiendo surgen muchas incertidumbres y éstas dan cabida a diversas fuentes de información, ya que es muy probable que las respuestas a las dudas de algunos alumnos estén en poder de algunos de sus compañeros, quienes al enunciarlas podrán afianzar sus conocimientos.

Otro elemento a tomar en cuenta dentro del aula es la motivación, pues el desinterés estudiantil produce indisciplina y muchas deficiencias en el aprendizaje. Esta apatía es producto de las prácticas de enseñanza deficientes, como la apropiación del conocimiento por parte del maestro, ya que en muchas situaciones no queda clara o completa la idea.

La duración de las actividades escolares complementarias debe estar integrada con toda la educación, pues aquellas deben tener un espacio específico en la programación general. El periodo de descanso es muy importante, así como los procesos de socialización, ya que influyen en el aprendizaje de los alumnos. También es necesario el control del tiempo para tener en cuenta las metodologías utilizadas en las diferentes materias, de tal forma que les permita a los alumnos tener una visión adecuada y no tediosa del aprendizaje.

El uso del tiempo debe ser el adecuado para que nos permita relacionar las actividades de los alumnos, realizar ejercicios y guiar su desarrollo, establecer momentos de estudio dentro de áreas y horarios de tutoría, relacionar las actividades complementarias con el círculo, cuidar el contexto y el clima ambiental, aprovechando así los periodos de

descanso para la formación integral de la convivencia. Lo anterior nos brinda la oportunidad de analizar la metodología utilizada en las distintas materias, logrando un control del grupo, una buena comunicación con los alumnos y un buen desempeño escolar.

Por último, sólo me queda decir que para cumplir con los requerimientos del Sistema Educativo Mexicano es necesario un contrato didáctico, en el cual el docente y el alumno se comprometan a realizar sus obligaciones y responsabilidades planteadas en los programas y contenidos, satisfaciendo las necesidades del educando, del maestro y de los planes de estudio.

## La docencia en manos inexpertas

María Elena Saavedra Juárez

Un día, mientras yo buscaba cierta información para mis tareas escolares, encontré unas hojas, un tanto rasgadas, que habían sido acomodadas junto a un pequeño juguete. Al desdoblarlas me di cuenta que se trataba de unas planeaciones docentes, que tiempo atrás había realizado. Mi mente evocó grandes recuerdos sobre lo que fue mi primera experiencia docente: angustias, desconuelos, alegrías, logros; un sinfín de sentimientos arrebataron, nuevamente, mi sensibilidad al traer a mi memoria el inicio de una formación profesional que todavía continúa.

Tomé entre mis manos aquel juguete, que me había regalado una pequeña del grupo escolar con el que practiqué por vez primera y, cogiendo una hoja de papel, me dediqué a plasmar cada palabra recordada de aquel salón de clase, que

un día fuera testigo de las horas más difíciles de mi práctica, pero también de las más inolvidables.

Entonces comencemos con esta pequeña historia de emociones y aprendizajes. Junto a los seres humanos más pequeños de este mundo, los niños, iniciemos el vuelo de una gran aventura: la docencia.

Esa mañana del 26 de marzo era diferente, había mucho por hacer: era mi primera jornada como maestra. Me levanté de la cama y, tratando de calmar mis nervios, me preparé para salir. Encontraba la calle un poco distinta, algo estaba cambiado. Dirigiendo mis pasos hacia una nueva forma de vida en el futuro, me encontraba pensativa, en mi mente no dejaba de repasar los conocimientos necesarios que debía comenzar a impartir.

Al llegar a la escuela saludé a mis compañeras, comentando: «Estoy nerviosa».

A lo que Susy, una de ellas, respondió: «No te preocupes, todo va a salir bien».

Sentí un poco de alivio, mas no se calmó el sudor de mis manos. Sabía que el que me aguardaba no era un grupo fácil; sin embargo, tenía la esperanza de que todo resultara bien.

Comenzaron los honores a la bandera. Los niños me sonreían con esa mágica ilusión de comenzar un día diferente en su primer año de la escuela. Les comenté a los pequeños que yo estaría una semana con ellos y, observando sus expresiones, pude ver que algunos se alegraron, en tanto que otros mostraron indiferencia.

Traté de comenzar la clase con matemáticas, aunque no estaba planeada de esa forma, pues debía hacerlo con es-

pañol. Aun así proseguí, tratando de explicar lo que era una decena y qué la conformaba. Pero la mitad del tiempo lo perdía llamándoles la atención a los alumnos, tratando de mantener el orden en el aula. No lograba recordar ninguna estrategia buena para calmar a los niños. A pesar de la incansable teoría educativa, que tanto había estudiado en la Escuela Normal, me desesperaba con facilidad: había alumnos que atendían, en cambio otros se mostraban impenables ante la clase. Los que se encontraban atentos trataban de formar decenas con semillas que yo les había proporcionado. Yo, por mi parte, corría de un lugar a otro, tratando de ayudar a los niños que me lo solicitaban.

Toda la mañana estuve con matemáticas. Me sentí aliviada cuando sonó el timbre y la maestra titular me mandó algo de comer. Platiqué un momento con mis compañeras, acerca de lo avanzado que iban en sus clases: casi la mayoría nos encontrábamos atrasadas en las materias por falta de tiempo. Anhelando el toque de salida, nos quejábamos de la indisciplina que no lográbamos controlar y, en lo particular, comenté: «Mi maestra es bastante especial: les grita demandado a los niños y ellos están acostumbrados a que siempre les esté vociferando».

Me sentí impotente ante esta situación. Pero tenía que continuar, miré al cielo y pedí a Dios fuerzas para lograr controlar esta situación y mejorar.

Entré al salón y proseguí, tratando de ocuparme de español, aunque fue poco lo que se pudo avanzar. De tarea dejé a los pequeños que leyeran la lección con la que se iba a trabajar.

Había que formar a los niños para que salieran. Alumnos me dijeron: «Hasta mañana».

Un día escolar había terminado. Le pedí a la maestra que revisara mis planeaciones. Con un poco de pena de mi parte, porque no había completado las actividades de esta jornada, le comenté: «Aún no sé controlar a los niños, pero espero que usted me siga apoyando, maestra».

La maestra Laura me dijo, con algo de arrogancia: «Sí, aquí estamos, ¿Pues qué año cursas?».

«Primer año».

«No deben de mandar a los alumnos de la Normal de primer año. Nuestras prácticas iniciaban en el último año, así debe ser porque ustedes todavía no saben nada».

Sentí un gran desaliento. Me retiré del salón, planeaciones en mano, y fui al aula contigua para esperar a mi compañera, quien trataba de agilizar el aseo del salón, ayudando un poco.

Le comenté lo mal que me sentía. Ella me escuchaba, tal vez sin darme demasiada importancia, pues tenía sus propios problemas con su grupo.

Llegué a casa arrastrando la mochila de cansancio y pensé: «Nunca creí que el ser maestra sería tan extenuante». Mientras me recostaba para reposar, me pregunté: ¿en qué había fallado?, ¿por qué si en la Escuela Normal me sentía satisfecha con mis logros en la escuela primaria todo me parecía tan difícil de enfrentar?

Ya por la tarde revisé mis planeaciones, recordando que había dejado pendiente español. Así, redacté un guión de lo que debía realizar al siguiente día. Sabía que eran de-

masiadas actividades, pero creí que era necesario llevarlas a cabo todas, sobre todo si mi propósito era dejar verdaderos conocimientos en los alumnos.

Sentí algo de tristeza y decepción por la forma en que la maestra mostró sus puntos de vista sobre mi práctica. Decidí darme un poco de valor para el día siguiente, pues deseaba permanecer en el camino que había elegido, así que no era conveniente sentirme derrotada.

Al día siguiente hacía un poco de frío, pues aún no entraba del todo la primavera. Cuando llegué a la primaria, la institución no alentaba mucho mis ilusiones. Recordaba el viejo edificio de mi escuela, con aquellas antiguas leyendas que la relacionaban con una cárcel de tiempos de la Revolución. La veía cercada, sin tantas áreas verdes para jugar, sólo cemento gris y aulas oscuras. El toque de entrada me despertó de mis memorias, comenzaba una jornada más.

Con un ánimo apacible comenzaron las lecciones de ese día. La asignatura de español lucía atiborrada de actividades, pues no era prudente dejarlas a un lado, además, me tropecé con una gran dificultad: no todos los alumnos sabían leer. Al tratar de orientar a quienes estaban carentes de dicha habilidad, no encontraba la forma correcta de ayudarlos. Alguna vez escuché sobre la existencia de métodos de enseñanza para la lectura y la escritura, pero desconocía con certeza cómo se trabajaban.

Implementando una nueva estrategia, pegué unas tiras con oraciones, la maestra se paró de su escritorio y dijo: «Los niños no van a ver, las letras están muy pequeñas, ¿verdad que no las alcanzan a ver?»



Los niños contestaron observando la autoridad de la maestra: «No».

Sentí que la actitud de la maestra frente al grupo me colocaba en una posición inferior. Pensé que los niños, tal vez, ya no atenderían a mis indicaciones y al trabajo; sin embargo, continué con mis actividades, intentando tomar su comentario como un apoyo para mi desempeño.

Por otra parte, había una marcada distinción entre los niños acerca de los alumnos «burros» y los «listos», circunstancia que no era nada fácil de solucionar. Traté, entonces, que los niños más atrasados se apoyaran en sus compañeros avanzados.

Se terminaba otra jornada más de trabajo. Llevé a la maestra mis planeaciones y ella recalcó el incidente que había ocurrido con las tiras de papel, diciendo: «Los niños no alcanzan a ver la letra tan pequeña».

Y yo le mencioné, con algo de desanimo y de protesta, la poca atención que nos habían manifestado en el momento de revisar nuestras planeaciones, error que, lamentablemente, estaba corrigiendo hasta ese momento.

La maestra contestó: «Pues sí, deben de poner más atención al momento de revisarles, además, como te dije ayer, no deben de mandarlos cuando todavía no saben nada».

Mis ánimos decayeron todavía más, así que acudí a la Normal por un poco de aliento con mi maestro de Observación y Práctica. Al llegar, varios docentes me recibieron con una sonrisa, el edificio parecía algo especial. Cuando comencé a subir cada escalón, oí a algunos de mis compañeros, los localicé y platicamos acerca de las dificultades que

estábamos atravesando. Observé que no era la única con problemas de disciplina. Al parecer varios estaban en conflicto con algunos de sus alumnos. Expuse mi situación y, volteando hacia la sala de profesores, observé que mi maestro estaba desocupado, así que me despedí de mis compañeros y, dando unos pasos desesperados, lo saludé, revelándole mi situación. Buscaba una esperanza para seguir.

Mi maestro de Observación, el profesor Víctor, dijo: «Sí, Liz, ya sabía que usted iba a enfrentar problemas, pues la maestra es algo difícil, ha sufrido mucho. Por eso decidí ponerla a usted en ese lugar, porque la creí la más apta para enfrentar este tipo de dificultades. Siga adelante, usted puede realizar las cosas de forma correcta».

«Gracias, maestro». Me despedí con regocijo en el corazón, debido a las palabras de mi profesor, y me sentí culpable por haber juzgado de una forma incorrecta a la maestra Laura.

Continué mi camino hacia casa, recordando cada frase de mi maestro Víctor y reflexionando acerca de la difícil vida que había llevado la maestra. Sin embargo, no justificaba el trato que les daba a los pequeños.

En cuanto llegué a casa empecé a prepararme para el siguiente día, revisando el material. Ahora tenía más conciencia acerca de la situación que se estaba presentando.

Al comenzar la jornada, comprendí que no todo iba a mejorar, pero mi visión ya no era la misma. Debía manifestar, en mi persona, regocijo y satisfacción por el trabajo que estaba realizando y destilar consuelo. Era mi primera práctica y, obvio, no iba a ser perfecta, tal vez tampoco la mejor.

Ya en la escuela traté de saludar a la maestra con mayor amabilidad que los días anteriores, después de todo nada parecía tan malo: las risas de los pequeños y su inocencia me hacían sentir mejor que los días anteriores. Me sentí más decidida a proseguir.

Al comenzar la clase de español, les pedí a los alumnos que ellos mismos redactaran un texto pequeño. Pero varios niños me preguntaban cómo hacerlo. Ahí me di cuenta de lo poco que estaba trabajado el enfoque de la asignatura, pues los alumnos estaban acostumbrados a que se les dictaran ideas ya creadas por otra persona y no por ellos mismos, así que sólo traté de hacer una reflexión al respecto y sobre el tema correspondiente, tal vez sin mucha relevancia para los pequeños.

En la clase de matemáticas surgió otro inconveniente. El libro de texto era demasiado oscuro y los niños se quejaban de que no lograban ver lo que tenían que encerrar en decenas, además algunos enfrentaban dificultades de especificidad. En cada hoja revisada, me daba cuenta de los errores que había cometido al explicarles la lección, aunado a esto varios alumnos ya casi terminaban mientras que otros pequeños sólo tenían solucionado el comienzo.

De esta manera, transcurrieron los dos últimos días de la semana, cada uno con sus diversos matices. Sin embargo, algo parecía haber cambiado: el color de las emociones era renovado y cada una de ellas tenía la perspectiva de no interrumpir lo que mejoraba, pues el éxito obtenido entre el jueves y viernes —al exponer actividades acompañadas del juego y con una mayor concentración del orden en el aula— me dio aliento y me ayudó a recordar por qué estaba

decidida a ser maestra, objetivo que desde pequeña había soñado realizar.

Así que con una sonrisa en los labios y lágrimas contenidas en los ojos, me despedí de los pequeños, quienes reflejaban la alegría y la tristeza de enfrentar la partida de una persona que, tal vez, conocieron insuficientemente. No obstante, me brindaron su cariño, su amor y, sobre todo, sus travesuras.

Reflexionando un poco acerca de la maestra titular, creo que ella me hizo comprender que, tal vez, si no hubiera estado en ese lugar, no habría aprendido que para los niños pequeños la letra debe ser más grande, además de otras correcciones que se hicieron a tiempo, pero, sobre todo, gracias a lo anterior entendí que cada caída es un nuevo aprendizaje, aunque éste duela. No podría dejar la imagen de esta maestra fuera de mí, ya que me recuerda, incansablemente, a mi maestra de primaria y, si bien fue muy difícil pasar a su lado casi cuatro años entre reprimendas y golpes, no olvido que ha sido ella quien me enseñó a leer y escribir. Puede que esa no haya sido la manera más adecuada para enseñar; sin embargo, hay en mí conocimientos imborrables.

Lo más importante que comprendí fue que no es necesario realizar todas las planeaciones a la perfección, sino encontrar las situaciones adecuadas para los niños, aquellas que les permitan, además de un desarrollo intelectual, una verdadera formación de vida. Por otra parte, también me percaté que la docencia no se encontraba en manos inexpertas, sólo un poco desorientadas, pues en ocasiones la posibilidad de una educación diferente y divertida no con-

vence a algunos maestros y, por desgracia, esto recae en el practicante, quien tiene la mejor disposición de dar un buen rendimiento. Por lo tanto, habrá que seguir enfrentando nuevos retos personales y profesionales para lograr algún día el sueño tan anhelado de *ser maestro*.

## Primera experiencia docente

Marcos A. Sánchez

En la primera parte del escrito presento aspectos relacionados con la escuela telesecundaria: origen, propósito, importancia, además de tocar el tema del docente de telesecundaria en Zacatecas. Todo ello con el fin de dar contexto a mi primera experiencia en la tarea de enseñar. En la segunda parte anoto situaciones relacionadas con mi formación normalista, poniendo especial cuidado en mi primera experiencia docente. Lo anterior tiene el objetivo de informar sobre la telesecundaria y de hacer notar que la tarea educativa requiere de actitudes responsables.

### LA ESCUELA TELESECUNDARIA

La escuela telesecundaria es una modalidad de educación

media básica, surgida como una opción educativa orientada a dar continuidad a la educación primaria y así fortalecer la formación de adolescentes de comunidades rurales de difícil acceso, con una población menor de 2,500 habitantes y en donde no se justificaba la inversión en una secundaria general o técnica. El 21 de enero de 1968, durante la administración de Gustavo Díaz Ordaz y, después de algunas investigaciones sobre televisión educativa en otros países, se difundió a nivel nacional la primera clase televisada, aplicando por primera vez en nuestro país el uso de los medios masivos de comunicación en la atención a demandas educativas.

Desde entonces se han implementado algunas modificaciones, haciendo que entre otros aspectos el encargado del grupo tenga una mayor participación en el proceso de enseñanza-aprendizaje. En la actualidad, la telesecundaria cuenta con un porcentaje considerable respecto de la matrícula de educación secundaria. En Zacatecas, por las características de su distribución poblacional, la telesecundaria ofrece servicios educativos a un mayor número de alumnos que cada una de las otras modalidades. Para el ciclo escolar 2000-2001 se contaba con una cobertura estatal de, aproximadamente, 44.7% de acuerdo con cifras oficiales de la SEC.

Considerando la evolución del papel del maestro de telesecundaria y la importancia de ésta en la formación de adolescentes, ¿qué tipo de docentes trabajan en telesecundaria? Es difícil contestar a fondo esta pregunta sin caer en la generalización y, por lo tanto, en el error. Es conveniente señalar que en telesecundarias de Zacatecas laboran personas que no fueron formadas como docentes. Esto, desde luego, no indica

que tengan deficiencias graves en torno al desempeño de sus tareas pedagógicas. Señala, simplemente, que por un largo tiempo no se formó personal para atender las necesidades educativas de los adolescentes de telesecundaria.

Actualmente, la Escuela Normal «Manuel Ávila Camacho» ofrece la Licenciatura en Educación Secundaria con Especialidad en Telesecundaria. Se pretende formar docentes con una visión amplia y precisa de los términos «enseñanza» y «aprendizaje», así como con un amplio conocimiento de los adolescentes, mismo que les permita comprender su comportamiento para brindarles una mejor atención, de acuerdo a las diferentes necesidades que se les presenten. Lo anterior, entre otros aspectos, en conformidad con el plan de estudios de 1999, del cual soy alumno de tercer grado y de segunda generación.

#### MI FORMACIÓN COMO VÍA A MI PRIMERA EXPERIENCIA DOCENTE

Hace más de dos años ingresé a la institución educativa antes mencionada. Quería ser maestro, mas contaba con una idea muy reducida sobre las tareas de la profesión docente: no conocía problemas ni políticas ni la organización del sistema educativo nacional. Sin embargo, admiraba el desempeño, entusiasmo y sabiduría que observaba en los maestros que me daban clases en los niveles anteriores. Algunos de ellos resaltaban, por su forma de actuar, un gusto extraordinario al cumplir con sus actividades de enseñanza. Otros

nos hacían reflexionar respecto de nuestros deberes y posibilidades en pro de una educación de calidad para nuestras vidas. Ahora los comprendo y reconozco que las actitudes, que un docente manifiesta ante sus alumnos, producen reacciones que pueden habitar por mucho tiempo en las mentes de los estudiantes.

Los primeros días de mi formación fueron muy interesantes. Había muchas situaciones que resultaban novedosas para mí. Una de ellas fue el nombre de las asignaturas que se abordarían durante el primer semestre. Me tardé un poco en aprenderme las denominaciones: eran más largas comparadas con las de las «materias» de la escuela anterior. Asimismo, las sesiones de clase eran más prolongadas. Pero algo que me puso a reflexionar fueron los planteamientos de la asignatura «Problemas y políticas de la educación básica», cuyos temas abordados contaron con el complemento de comentarios hechos por parte de los docentes encargados de las otras materias.

¿Están dispuestos a trabajar en comunidades rurales apartadas? ¿Están dispuestos a vivir en la sierra? ¿Qué tal trabajar en el semidesierto y pasar el día con una cubeta de agua para todas tus necesidades?

Éste era el tipo de preguntas que nos planteaban los docentes. Fue entonces cuando me di cuenta de que en nuestro país existen muchos problemas educativos, que para ser resueltos requieren, entre otras cosas, de un gran compromiso de todos y cada uno de los maestros. Zacatecas no es la excepción y, al hablar de telesecundaria, el compromiso se incrementa. Hay que abordar todas las asignaturas y, en

muchas ocasiones, con más de un grado escolar. Además, la gran mayoría de las telesecundarias se encuentran en comunidades rurales, gran parte de ellas de difícil acceso.

Lo anterior no me hizo perder el interés, al contrario, me ayudó a adquirir una visión más real respecto de la labor docente. Pude darme cuenta de que se requiere mucho compromiso y dedicación.

Otros aspectos, que me dieron elementos para enriquecer mi perspectiva sobre la tarea docente, fueron las jornadas de observación, producto de la asignatura «Escuela y Contexto Social». La primera de tres observaciones se realizó en torno a un grupo de secundaria técnica; la segunda se efectuó en un grupo de sexto grado de primaria, y la tercera fue en una telesecundaria bidocente.

En esta última experimenté, por primera vez, el hecho de estar a cargo del proceso de enseñanza-aprendizaje. Fue en una comunidad de Luis Moya, Zacatecas. Llegamos a la escuela —tres compañeros y yo— poco antes de las ocho de la mañana del lunes 4 de diciembre de 2000. Los alumnos demostraban admiración ante nuestra presencia. Al entrar a la escuela nos dimos cuenta de que una maestra, el director y el supervisor ya nos estaban esperando. Después de unas palabras de bienvenida, nos dijeron los tres que si podíamos trabajar con tercer grado. Agregaron que se trataba de un grupo autodidacta. Argumentamos que el único motivo de nuestra presencia era observar el trabajo que ellos realizaban en el aula con los alumnos. Al poco rato se retiró el supervisor, pero el director seguía insistiendo. Dijo que los muchachos trabajaban autónomamente, que eran responsables

y dedicados. También señaló que serían beneficiados con nuestro apoyo, lo cual me puso a considerar la posibilidad de la situación. Al principio estábamos divididos, pero a final de cuentas aceptamos. Creo que lo hicimos porque nos considerábamos comprometidos con alumnos y maestros. Pensé que nuestra intervención podía, en realidad, beneficiar a los educandos. Además, los estudiantes se veían interesados. Posiblemente, el director les anticipó nuestra visita y la posibilidad de que trabajáramos con ellos. Fue una actitud poco consciente: no conocíamos el uso de los materiales de telesecundaria; éramos incapaces de identificar la relación entre la *Guía de aprendizaje y Conceptos básicos*, las clases televisadas y el horario de clases. El director no nos orientó respecto del trabajo que íbamos a realizar, posiblemente supuso que ya lo sabíamos. Y nosotros, al no conocer elementos de pedagogía, pensamos que era una tarea sencilla y, por lo tanto, no le pedimos que nos indicara cómo hacerlo.

Finalmente, pasamos al salón y el maestro nos presentó ante el reducido grupo de tercer grado. El aula era espaciosa y contaba con algunas butacas de sobra. Éstas estaban acomodadas en tres columnas. En cada una había dos estudiantes, en la del centro mujeres y en las orillas hombres. Cada uno de los alumnos se encontraba contestando los ejercicios de su guía, pero al momento de escuchar la voz del maestro se detuvieron y levantaron la mirada. Cuando él se retiró, mis compañeros y yo nos tomamos un poco más de cinco minutos para descubrir la relación entre los libros de texto y las sesiones correspondientes a ese día. Después de identificar —con la ayuda de los estudiantes— las asignaturas,

sesiones y horario, nos organizamos para determinar la forma de trabajo. Acordamos que abordaríamos los contenidos de cada una de las asignaturas de acuerdo, únicamente, a los conocimientos que poseíamos. En ese sentido, el que sabía más de historia de México impartiría esa asignatura. En lo personal me correspondió matemáticas y química. Me sentí seguro porque conocía el contenido, pero al momento de dirigirme a los seis educandos y verlos dispuestos a escuchar mis palabras perdí la concentración: no pronunciaba correctamente y decía palabras que no eran las pretendidas. Creo que hablaba con desesperación.

Traté de «enseñar» matemáticas de la manera que a mí me enseñaron: con ejemplo y explicación. Se trataba de resolver ecuaciones de primer grado con una misma incógnita en ambos lados de la igualdad. Intenté mostrar entusiasmo y buen manejo del contenido. No hacía preguntas para involucrar a los discentes, ni modifiqué la manera en que se encontraban distribuidos, no pensé en el trabajo en equipo, tampoco revisé los avances de trabajo: a mí no me enseñaron así. Únicamente me concreté a explicar. Las casi nulas preguntas que me plantearon las contesté directamente. No estimulé el razonamiento ni dirigí hacia el hallazgo. No me preguntaba: «¿esto va por donde quiero que vaya?» Más bien estaba preocupado por: «¿estoy diciendo lo que quiero decir?» En momentos sólo me concentraba, con libro a la mano, en hacer bien el ejemplo y con rapidez. Cuando aprendía álgebra, admiraba la velocidad y destreza de mis maestros al resolver ecuaciones en el pizarrón. En mi mente estaban esos maestros y trataba de hacer lo mismo que ellos. Aunque sentía que

estaba haciendo bien mi tarea, más de una vez dudé de la manera en que resolvía los ejemplos. Pensaba que los alumnos comprendían lo expuesto, pues estaban atentos y tomaban notas. Ahora supongo que la atención que manifestaban se debía, en gran parte, a que mis compañeros se encontraban adentro del salón observando, principalmente, a ellos. Por lo tanto, no se distraían mientras yo daba la espalda —por error y en exceso— para escribir sobre el pintarrón. A pesar del desespero que experimenté, me pareció que el tiempo pasó rápido. Terminé un poco después del horario establecido. No hubo cierre de clase. Al momento concluí que había explicado bien, pero al poco rato dudé de si los jóvenes habían aprendido algo.

Para la clase de química tomé el libro, me ubiqué en la lectura correspondiente y me senté ante el escritorio. Desde ahí hicimos la lectura correspondiente. Yo intervenía para hacer algunos comentarios, trataba de contextualizar. Abordé el contenido de la misma manera que en matemáticas: como a mí me enseñaron.

Al terminar el día de clases me sentía satisfecho de mi desempeño y por la tarde dediqué tiempo a revisar los contenidos de las clases del próximo día.

Para ese tiempo todavía no tenía conocimientos precisos respecto de los términos «enseñanza» y «aprendizaje». Lo único que conocía era que el aprendizaje se manifiesta como un cambio en conducta, que la mayor parte de lo que aprendemos sucede durante los primeros cinco años de vida y que lo hacemos por medio de los sentidos, siendo la vista el principal. Lo anterior me lo enseñaron en una clase de psi-

cológia, pero en el momento de estar ante la tarea de educar no tenía eso en mente. Peor todavía, no era consciente de que la idea que un docente tiene de las palabras que arriba se encuentran entre comillas, determina su forma de trabajo. No estaba al tanto de que una educación de calidad requiere de acciones bien intencionadas, que enseñar no se limita a explicar, que poner atención no es sinónimo de aprender y que para enseñar se necesita más que entender el contenido.

Al principio veía esta experiencia como algo positivo, como parte de mi formación. Hoy considero que en ese sentido experimentar sin variante no es hacer ciencia. Y en nuestra formación es necesario conocer los avances más recientes sobre el funcionamiento de la mente, para tener una idea clara de cómo aprenden los alumnos y con ello diseñar y aplicar actividades que sean adecuadas, que fomenten el desarrollo de habilidades, valores y actitudes.

Sin duda el rol del docente de telesecundaria ha evolucionado. Las nuevas condiciones de la sociedad establecen parámetros que exigen un mayor nivel de escolaridad y aptitud. Lo anterior demanda, entre otras cosas, un mejor desempeño docente. Si queremos contribuir a las metas de *equidad y calidad*, es necesario que reflexionemos sobre nuestra práctica educativa para identificar y superar nuestras deficiencias a favor de los estudiantes. Ser conscientes del valor de educar nos ayudará a ser más responsables de nuestros actos docentes. Educar requiere tener propósitos definidos y medios adecuados para lograrlos. No es una tarea de práctica común, es decir, no cualquier persona puede practicarla en el momento que sea.

## Acerca de mi experiencia inicial como docente en telesecundaria

Sandra América Gutiérrez Zapata

**P**ara mí es una satisfacción relatar el primer contacto que tuve, en condiciones reales, con lo que es mi profesión y, sobre todo, dar a conocer algunas experiencias obtenidas durante mi primera visita como practicante en una escuela telesecundaria.

Mi experiencia inicial como docente la llevé a cabo en la comunidad de El Sitio, Pinos, Zacatecas, con un grupo de 23 alumnos de primer grado de telesecundaria. Era mi primer jornada de prácticas cubriendo, solamente, las asignaturas de español y matemáticas, las cuales se trabajaron sin mucha dificultad, tal vez porque tenía muchos factores propicios a mi favor: el grupo apenas estaba comenzando el año escolar, aún no empezaba a hacer comparaciones con respecto a mi trabajo y el del maestro titular, había una muy buena disposición por parte de todos. Cada uno de estos fac-



tores fue determinante para que no se perdiera tanto tiempo y esfuerzo, además ayudaron a que los proyectos de clase se llevaran a cabo en su mayoría, tal como estaban planeados.

En esta jornada hubo una gran variedad de producciones de los alumnos, a pesar de que sólo eran dos materias con las que practicaba. En la clase de español se produjo una radionovela. Todos los alumnos aportaron, pero sólo un equipo la presentó. La actividad fue todo un éxito, sobre todo porque era cierre de un tema y porque los alumnos, el maestro titular y yo estábamos entusiasmados con el proyecto. Existía una buena comunicación entre todos, aunque ya me estaba preocupando que los alumnos, en ocasiones, dejaban ver su preferencia hacia mí; sin embargo, el maestro Artemio —docente titular— jamás me hizo sentir mal y nunca me llamó la atención delante de los alumnos: si había alguna sugerencia me la hacía saber en el receso o al finalizar la clase. En lo que corresponde a matemáticas, los problemas que se presentaron a los alumnos estaban contruidos de acuerdo al contexto —los ejercicios hablaban de nopales, tunas, parcelas y se incluían algunos nombres de los estudiantes—. Los temas podían adecuarse según el dominio que tuvieran sobre éstos y sobre la naturaleza de los mismos.

En ese momento yo me sentía satisfecha con el trabajo que estaba realizando. De hecho el maestro me encargaba al grupo cuando tenía que salir a arreglar algún asunto fuera del salón. En tales ocasiones aprovechaba para dar las clases, cosa que no me estaba permitida, pero para mí era preferible proceder de esa manera a que anduvieran jugando y perdieran el tiempo y la lección. Tal vez me animé porque

sabía los contenidos y porque pensé que después de haber planeado español y matemáticas algo novedoso podía emplear en estas clases, algo diferente a «pongan atención al programa y contesten su *Guía de aprendizaje*, si hay dudas consulten su libro de *Conceptos básicos*».

Me acuerdo bien de una ocasión en que el maestro me pidió que diera la clase de biología porque se iba a ocupar en actividades referidas a la infraestructura de la escuela. La verdad no sentía la suficiente seguridad conmigo misma, a pesar de que tal asignatura me agradaba. Comencé apoyándome con el tan criticado programa de televisión, los alumnos estaban atentos tomando algunas notas, cuando, ¡sorpresa!, cinco maestros de la Escuela Normal estaban por entrar al aula a comprobar que estuviera observando —porque era eso lo que tenía que estar haciendo en dicho momento, no practicando—. Me puse muy nerviosa por el sólo hecho de que fueran cinco maestros juntos a mi aula, aparte que no conocía bien a algunos, por lo que no les tenía la suficiente confianza y, sobre todo, estaba trabajando con una asignatura que, todavía, no me correspondía atender. Sentí que me temblaba la mano con la que sostenía el libro y que el tiempo para organizar las siguientes actividades no me alcanzaba. Cuando se terminó la clase transmitida por tv, traté de organizar la información en la pizarra, con las aportaciones de los alumnos. Fue entonces que Benny, un alumno muy curioso y despierto, me hizo una pregunta acerca del contenido del programa televisado. En ese momento me quedé sin palabras, porque por estar preparándome para la siguiente actividad no había puesto toda la atención en la emisión televisiva.

No recuerdo muy bien, pero el tema se refería a «la selección natural». Benny me preguntó: «Maestra, ¿por qué, cuando salieron los cerditos, uno era negro y los otros más claros?» En ese momento yo sentía que Benny, al igual que los maestros, estaban esperando una respuesta. En eso me acordé que yo conocía a la familia de ese alumno y que lo que me preguntaba en ese momento lo podía relacionar con ella, por lo que contesté: «Mira Benny, como vimos en el programa, aunque los seres vivos sean de la misma especie, siempre existen variaciones en sus características y eso explica, como en el caso de tu familia, que tú seas moreno y tus hermanitos sean rubios de ojos verdes, lo mismo pasó con los cerditos del ejemplo». De alguna manera él aprobó la explicación y sus compañeros estaban atentos dando a entender, con un movimiento de cabeza, que también habían comprendido. En ese instante, me sentí satisfecha con el trabajo que estaba realizando y no tan insegura ante mis maestros respecto a mi atrevimiento.

Existieron experiencias positivas durante mi práctica docente, porque en ese periodo de tiempo yo quería poner en práctica muchas ideas que se referían al constructivismo, mismas que todavía no alcanzaba a percibir en el trabajo del maestro titular y que por las características del grupo estaba casi segura que podrían funcionar. Tal fue el caso de introducir, de alguna manera, a los alumnos a la lectura. Para ello les llevé un cuento, «El tamborcito de cuero de piojo», el cual les leí. No estaba contemplado en el cuaderno de las planeaciones, pero sí en mi mente como proyecto para iniciar a los alumnos en la lectura. Después de terminar la actividad,

varios alumnos se acercaron y me pidieron prestada la narración para leerla individualmente. Me pareció una buena estrategia de lectura, que en ese momento me dio resultado para incentivar a unos alumnos que no conocía bien y que sólo había observado un par de veces.

En fin, fueron pocos días de prácticas, pero a dos años y medio después todavía recuerdo el rostro y cada uno de los nombres de los adolescentes que me dieron la oportunidad de entrar en una parte de su aprendizaje, poniendo en práctica los proyectos que creí pertinentes a su edad y a sus intereses y que, sobre todo, fueran congruentes con las nuevas formas de trabajo, que nosotros como estudiantes apenas estábamos conociendo. De alguna manera, ciertos elementos, recogidos de esta experiencia, me dieron ánimo para seguir adelante con mi carrera. Hace poco visité a estos alumnos y todavía se acordaban de las actividades que habían realizado durante mi primera visita como practicante en su escuela. Parecería que no ha transcurrido el tiempo si no fuera porque ya están más altos que yo.

## Carta a mi escuela

---

Liliana Gujjarro Lira

**M**i querida escuela, te escribo hoy no para criticarte, como lo he hecho tantas veces, sino para contarte todo lo que he vivido contigo durante estos casi cuatro años en tus muros, en los lugares en que he ido a representarte. Quiero decírtelo porque en el tiempo que te he conocido me he dado cuenta de que eres muy necia, y que a pesar de que las cosas ocurren ante y dentro de ti, a veces no te das cuenta o lo haces y prefieres ignorarlas, por comodidad, yo que sé, tal vez por conformismo, por ineptitud, por ser demasiado idealista, porque no puedes luchar contra ti misma, contra quienes te conformamos y te damos vida.

¿Sabes?, cuando empecé a conocerte tenía muchas ilusiones, los típicos sueños de estudiante. Quería dejarme en tus manos para que me formaras como quisieras; supuse que

lo harías bien, puesto que tienes experiencia en eso, pero después de un tiempo me di cuenta que no eras la escuela noble que yo creía. Decepción mutua, porque imagino que tú también te has dado cuenta que no soy la estudiante ideal para ti, esa que admira a su escuela y a sus maestros, como si no viera y escuchara lo que ocurre.

Quererte no es fácil, es un sentimiento arduo de profesar por alguien que te ofrece tanto y luego no puede o no quiere cumplirte. Pero de todos modos casi soy maestra y me siento orgullosa de que me hayas formado tú.

Dije que iba a contarte algo de los lugares a los que he ido como tu abanderada —tú como bandera de mis logros, pero también de mis fracasos y hasta de mis ridículos, es- pero me disculpes por esto último—. Voy a contarte de la primera escuela que visité.

Yo creo que mi estancia ahí no fue tan significativa ya que no recuerdo su nombre, sólo que estaba en una comunidad de Pinos y que trabajé con un grupo de primer año. ¡Pobres muchachos! Porque, francamente, yo no tenía mucha idea de lo que me tocaba hacer, pero poseía tantas ganas de intentarlo que con eso creí que era suficiente o, tal vez, no era que lo creyera sino que era lo único que me quedaba. No recuerdo mucho el trabajo, los alumnos eran buenos niños y trabajaban por sí mismos. Además, fue poco tiempo, no alcancé a conocerlos demasiado ni a formarme una clara imagen de ellos. En ese grupo hice lo que se me ocurrió, recuerdo varias actividades interesantes. No le temía a nada, yo era la maestra, una maestra libre —algo que ya no puedo sentir—.

A los que sí recuerdo mucho son a dos. ¿Maestros? Sí,

así les llamabamos todos. De uno no logro evocar su nombre, sólo que era el director y, únicamente, fue un par de veces a la escuela, brilló por su ausencia. El otro se llamaba Clemente, una de esas personas que, estoy segura, ni tú ni nadie desea conocer. Yo tenía tantas ganas de no ser nunca como él, de que se fuera a trabajar a otra parte o que alguien le pagara en agradecimiento por abandonar la escuela. Mis compañeros de prácticas opinaban lo mismo. Se sentaba al sol con una expresión que todavía recuerdo, puesto que era desagradable y reflejaba una pasividad y una pereza excesivas, mismas que deseé jamás sentir ni ver en mi rostro. Mientras tanto una de mis compañeras atendía su grupo

De mis muchachos recuerdo que tenían algo de agresividad, un deseo por experimentar cosas nuevas. Noté que creyeron que una maestra inexperta iba a permitirlo y tenían razón, esa idea mía de que la gente sea libre y actúe tal cual. Llevarla a cabo me acarreó, desde entonces, bastantes dificultades. Educar para la libertad es mi ideal en la vida, pero no sé cómo hacerlo. Desconozco a ciencia cierta hasta dónde llegan los límites y hay situaciones que no puedo controlar. A veces quisiera ser como tú de estricta y tradicional, con normas no muy legítimas pero legales y que dan resultados visibles. Pero no, no quise cometer con mis alumnos los mismos errores que tú has cometido conmigo, siendo a veces tan cerrada, tradicionalista y hasta ilógica. Bueno, no tú, quienes te formamos; simplemente ahora, me están pidiendo que te escriba más cuando ya no tengo nada que decirte, al menos de este tema.

Por lo pronto te dejo, te escribiré en otro momento.

## Tabla de contenido

PRESENTACIÓN  
David Adolfo Aguilar Dávila  
7

MI PRIMERA EXPERIENCIA COMO DOCENTE  
Arturo Navarrete Trujillo  
11

MI PRIMERA EXPERIENCIA DOCENTE EN  
UNA ESCUELA TELESECUNDARIA  
Carlos Valentín Córdova Serna  
17

PRIMERA EXPERIENCIA DOCENTE  
Claudia Iliana Rodríguez Ramírez  
29

SOBRE MI PRIMERA EXPERIENCIA COMO DOCENTE  
Denise García Rodríguez  
37

ACERCA DE MI EXPERIENCIA DOCENTE

Efraín Báez Gallegos

47

- DE MI PRÁCTICA INICIAL DOCENTE

Elsa Selene Agüero Tostado

55

MI PRIMERA PRÁCTICA DOCENTE

Isabel Miramontes

63

SOBRE MI PRIMERA EXPERIENCIA  
DOCENTE EN TELESECUNDARIA

Luis Fernando Torres Palomo

71

- LA DOCENCIA EN MANOS INEXPERTAS

María Elena Saavedra Juárez

77

PRIMERA EXPERIENCIA DOCENTE

Marcos A. Sánchez

87

ACERCA DE MI EXPERIENCIA INICIAL  
COMO DOCENTE EN TELESECUNDARIA

Sandra América Gutiérrez Zapata

97

CARTA A MI ESCUELA

Liliana Gujjarro Lira

103

La primera edición del libro *Mi primera experiencia docente* se terminó de imprimir en la primera quincena del mes de septiembre de 2004, en las prensas de LunArena, arte y diseño, S.A. de C.V., 14 Sur 5122, Col. San Manuel, Puebla, Puebla. Los responsables de la impresión son Víctor Manuel Rojas Rodríguez e Irma Miraceti Jiménez. El original electrónico se elaboró en plataforma Microsoft Windows XP Profesional. El hardware empleado fue una Workstation

Dell Precision 650, procesador Intel Xeon a 3.20 Ghz con Hyper-Threading y 1 Mb de cache, 2 Gb DDR SDRam a 266 MHz con cuatro dimms de 512 Mb, tarjeta de video nVidia QuadroFX 3000 de 256 Mb, tarjeta de sonido SoundBlaster Audigy II, 160 Gb IDE en disco duro Ata-100 de 1 pulgada a 7200 rpm. Los interiores de libro se formaron en la versión 3 de Adobe InDesign CS. Los forros se formaron en la versión 11 de CorelDRAW. Las imágenes de los forros se editaron en Adobe Photoshop CS, con una resolución de 600 ppp. Las tipografías aplicadas son Adobe Minion Pro y Adobe Myriad Pro. El libro se imprimió en un offset Komori Sprint 2/28 de dos cabezas, 1x1 y 4x0 tintas directas, sobre papel bond ahuesado de 90 gramos y cartulina sulfatada de 12 puntos. Los forros tienen plastificado mate al frente. El tiraje consta de 500 ejemplares.